



POR LA PATRIA

IMPRESIONES
DE UN
VIAJE POR ESPAÑA

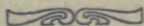
CONFERENCIAS PRONUNCIADAS
EN LA LAGUNA - CANARIAS

FOR

ROGELIO FRANCES GUTIERREZ

PRÓLOGO Y POESÍAS DE

DOMINGO J. MANRIQUE



LA LAGUNA DE TENERIFE
IMPRESA DE SUC. DE M. CURBELO
SAN AGUSTÍN, 47

Recuerdos de
Francis

Laguna 20-III-925

IMPRESIONES DE UN VIAJE POR ESPAÑA

98
127



1875

1875

1875

908.460

91 (46) (46.351)

POR LA PATRIA

IMPRESIONES DE UN VIAJE POR ESPAÑA

CONFERENCIAS DADAS EN LA ESCUELA
NORMAL DE LA LAGUNA (CANARIAS)

POR

ROGELIO FRANCÉS Y GUTIÉRREZ

CON LA COLABORACIÓN DE

DOMINGO J. MANRIQUE

PROFESORES DE DICHO CENTRO



M.

1925

IMPRESA Y LIBRERIA DE SUC. DE M. CURBELO
SAN AGUSTÍN, 47.—LA LAGUNA

6604768298

A ESPAÑA

En fervoroso homenaje
de acendrado patriotismo.

Pablo Pérez y Gil Abreu

PREFACIO

MUCHOS de nuestros lectores habrán visto, seguramente, la frecuencia con que en la «Gaceta», órgano oficial del Estado, aparecen Reales órdenes concediendo licencias y subvenciones a distintos individuos pertenecientes al Profesorado español, con objeto de que éstos hagan viajes de estudio al extranjero o a determinados sitios de nuestra Península.

Sin duda tales Profesores y Profesoras, sólo por el hecho de haber obtenido el apoyo oficial, tienen la ineludible obligación de cumplir fielmente y con provecho su cometido. Si así no lo hicieren contraerán una gran responsabilidad moral ante la patria y ante el Gobierno que les subvenciona.

No sucede lo mismo con aquellos que, perteneciendo también a la gran familia docente, por su libre y espontáneo gusto y costeándolos de su propio peculio, verifican idénticos viajes con iguales propósitos. A los que así lo hacen, nada puede exigírseles en cuanto al mejor o peor resultado de su empresa.

Dos modestos Profesores: Rogelio Francés y el que subscribe, aprovechando las vacaciones veraniegas, atravesamos el Atlántico, no con la menguada intención de proporcionar descanso a nuestras tareas escolares, solazándonos en una playa de moda o en la quieta dulzura de algun otro rincón peninsular, sino con fines culturales y propósitos más elevados: el de informarnos del funcionamiento de las modernas insti-

tuciones de enseñanza, tanto oficiales como privadas, establecidas en España, entre ellas las celebradas Escuelas de Bosque de Barcelona, los Institutos nacionales, las Normales, &ª., como así prolijamente lo hicimos; el de dar satisfacción a nuestras ansias de conocer y estudiar algo de lo mucho grande y bello que encierra nuestra nación; el de rememorar lo que aprendimos leyendo la Historia y reconstituirlo en sus propias fuentes, teniendo ante nuestros ojos la pasmosa obra que, siglo tras siglo, fué elaborando el espíritu selecto de nuestros antepasados.

Con este empeño, sin solicitar la subvención del Estado, ni aspirar a ella,—no porque nos considerásemos inmerecedores de tal favor, que ya sabemos cómo, a veces, se otorga—y con verdadero sacrificio para nuestro gobierno económico, recorrimos más de media España, si bien con escasísimo dinero, ampliamente compensada esta falta con el caudal de nuestro buen deseo y nuestra firme voluntad.

Permitidme que antes de pasar adelante en estas líneas que servirán de proemio a las bellísimas conferencias de mi compañero de viaje, consigne aquí la expresión de mi sincera gratitud por las facilidades y delicadas atenciones que para realizar nuestros proyectos nos dispensó el ilustre prócer, Marqués de Comillas, cuya munificencia y cuyo amor a la cultura patria son insuperables y todos reconocen.

Provistos de nuestra cámara fotográfica, con la que pudimos obtener cerca de tres centenares de clichés para la estereoscopia, cuyas positivas fueron proyectadas ante el elemento escolar lagunero y numeroso público, durante las conferencias del compañero Francés, ya mecidos por el vaiven de las embarcaciones, o ya rodando, sin tregua ni reposo en trenes,

automóviles y tranvías, con la febril agitación y precipitada curiosidad de quien mide las horas para adquirir dentro de un corto tiempo disponible, el claro concepto de lo que ve, recorrimos las blancas costas andaluzas, la esbelta Cádiz, la próspera Málaga, el histórico Mediterráneo, la populosa Barcelona y toda Cataluña, la dorada Castilla, el delicioso Madrid, la fértil Asturias, la ubérrima Galicia y la industriosa Vizcaya.

¡Con qué acendrado deleite vimos desfilar ante nuestros atónitos ojos los campos llenos de sol; las extensas llanuras atravesadas por grandes ríos bordeados de espléndida vegetación; los inmensos bosques, las feraces montañas, fuertes y perennes como el alma de la raza que hizo de ellas sus baluartes más poderosos e inespugnables; las anchas bahías, plébricas de embarcaciones, de vida y movimiento; las playas de veraneo con sus polícromas casetas, plácidas y espumosas como una sonrisa del mar; las tranquilas rías, azules y mágicas, donde los bateleros rasgan el aire con el eco ensañador de sus barcarolas; las aldeas, los palacios, las enormes fábricas, los suntuosos hoteles, los rientes parques, las bulliciosas estaciones!... ¡Y con qué temerosa inquietud nos encontramos unas veces en las elevadas cimas, a la vera de horrendos precipicios, y otras en las oscuras profundidades de la tierra, confiados al vertiginoso impulso de las locomotoras! ¡Y qué divinos amaneceres en las floridas vegas, exuberantes y lozanas!

Los vetustos Monasterios, los Museos, guardadores de infinitos tesoros arqueológicos que forjaron los genios del Arte y de la Belleza, abriéronse generosos, a nuestro paso para mostrarnos la España de las pasadas centurias, en toda su vigorosa y soberana floración.

Las inmensas Catedrales, prodigios del arte arquitectónico, nos enseñaron en el misterio de sus penumbras cómo la piedra puede transformarse en sutiles y delicados encajes; cómo el mármol y el alabastro llegan a simular la vida humana en sus más exquisitas manifestaciones y en el más alto grado de la forma y de la expresión; cómo aquellos artífices, verdaderos magos de los tiempos pretéritos, al esculpir, abrasados por la ardiente llama de la inspiración y del fervor religioso, la atrevida columna, la ojiva gallarda, la recia clave, la firme archivolta, el gracioso capitel, la calada repisa,... poblándolos después de ángeles, de santos, de apóstoles, patriarcas y evangelistas, en majestuosa profusión y ornados de marcos, festones, guirnaldas y alegorías místicas, trasuntos de la gloria, supieron inmortalizar sus asombrosas concepciones. ¡Oh, genios portentosos, acaso vuestros nombres sean ignorados, pero la excelsa plenitud de vuestro espíritu flota y alienta inconfundible en vuestra obra colosal!

Los solitarios castillos con sus cegados fosos y sus almenas y bastiones derruidos, las antiguas murallas de las ciudades, las viejas barbacas, restos gloriosos de pasadas grandezas, los vetustos palacios de pétreo blasón, contrastando vigorosamente con las modernas edificaciones, despertaron en nosotros el recuerdo de las románticas tradiciones y poéticas leyendas que caracterizan la Edad Media: los torneos, las cortes de amor, las justas caballerescas, las épicas hazañas de aquellos nobles, hidalgos, juglares y plebeyos que hicieron de la guerra una profesión, un oficio de la audaz aventura y un arte de la fina galantería; el poderoso magnate dictando sus órdenes desde el áureo sitial, mientras se levantan los rastrillos y se abren los férreos portalones de los patios de armas para dar paso a las

mesnadas de su féudo; el piafar de corceles, el tañer de clarines, el relucir de lanzas y escudos bajo el claro sol,... todo, en fin, ese conjunto de hechos y cosas que reflejan la incontrastable virilidad de aquella España que fué reina del mundo y dueña de los mares.

Y cuando, en el reposo de la noche, acallados los ruidos alborotadores de las hirvientes urbes, dejábamos caer en el lecho nuestros cuerpos rendidos por el cansancio, aún seguía nuestra imaginación vagando por los encantados piélagos del ensueño.

De este modo, en tres meses de incesantes emociones artísticas, fueron cristalizando las conferencias que mi culto amigo brindó a la juventud estudiosa de este país canario, conferencias que unen a su exquisita amenidad, esa firmeza en el detalle y esa abundancia descriptiva que sólo pueden dar un alto espíritu de observación y un perfecto conocimiento de la Historia y el Arte.

Y, ante todo, vereis en ellas un hermoso canto a la madre patria, de cuyas glorias es el conferenciante el más entusiasta y ferviente enamorado.

Domingo J. Manrique.

POST - PREFACIO

CON mucho ruido y aparato corren de mano en mano, en estos tiempos, artículos, folletos y libros de escritores españoles, residentes en el extranjero, descontentadizos de las glorias de su casa y patria.

No somos *patrioter*os, ni jamás hemos formado coro en la bullanguera «Marcha de Cádiz»: somos sencillamente españoles y amamos a la Patria *no por grande ni por hermsa, sino porque es nuestra Patria*: del mismo modo que adoramos a la mujer que nos dió el ser no por la belleza ni los talentos que pueda poseer, sinó porque es nuestra madre.

Para darla a conocer, en la modesta forma que nos es dado hacerlo, pronunciamos ante nuestros alumnos y distinguidos compañeros las tres conferencias que hoy se dan a la prensa por la insistencia con que nos piden su publicación muchas de las personas que nos hicieron la merced de escucharlas. ¡Lástima que la escasez de nuestros medios económicos no nos permita ilustrarlas con los hermosos clichés obtenidos por el Sr. Manrique y que fueron proyectados en la pantalla!

Ahora que la palabra sale sin vibrar, sin calor ni vida, aparecerán estas Conferencias en su natural ropaje, modesto y sencillo, y sin más acogida que la que las dispense la bondad del lector. A su cordura se recomienda,

Rogelio Francés y Gutiérrez.



CONFERENCIA PRIMERA

PRONUNCIADA EL 10 DE OCTUBRE DE 1924

(SE PROYECTARON 90 CLICHÉS, OBTENIDOS POR EL SEÑOR MANRIQUE)

CASTILLA, GALICIA, ASTURIAS
Y VASCONIA

SEÑORAS Y SEÑORES:

Ante todo, vaya por delante nuestro profundo reconocimiento por vuestra atención al venir a escucharme.

En la lucha de encontrados sentimientos que hoy se libra amenazando la tranquilidad de nuestra Patria, o entenebreciendo con sospechosas especies su porvenir, es deber de todo buen español ofrendar sus amores a la madre dolorida. Y al hacerlo así nosotros, en la modesta esfera de acción en que actuamos, diremos con nuestro inmortal Zorrilla:

*«no aspiro a más laurel ni a más hazaña
que a una sonrisa de mi dulce España».*

Pero no vayais a pensar que nuestro propósito es elevar un canto lírico a las antiguas glorias españolas, ni hablaros de aquella raza—cuya fiesta mañana

conmemoramos—que supo tejer la urdimbre maravillosa de nuestro esplendoroso pasado; que abrió a la vida del mundo un cauce insospechado que permanecía oculto bajo las selvas vírgenes; que señaló a los pueblos del viejo continente la ruta que después había de ser magnificada por la civilización; y que, en fin, realizó empresas tales que ellas solas, repartidas bastarían para hacer la gloria de muchos pueblos.

Nuestra misión, en la serie de conferencias que hoy inauguramos, es mucho más modesta. Se reducirá a divulgar entre vosotros, que tan alejados os encontrais, aunque no espiritualmente, de la madre patria, las impresiones que hemos recibido vuestro laureado poeta Manrique y yo en la reciente excursión, realizada con fines culturales y artísticos, por el centro y norte de la península. No pronunciamos, pues, estas conferencias, con miras de ganar aplausos, que desde luego no merecemos; sinó con el intento de ver si podemos inflamar vuestros pechos en el mismo fuego de emoción del que los nuestros se se hallan poseídos por las grandezas de España.

Cuando os relate las impresiones de nuestro viaje y veais proyectadas en la pantalla las magnificencias naturales y artísticas que ostentan las provincias que hemos visitado, deduciréis que poco o nada podemos envidiar a otras naciones; y os convencereis que pocos pueblos pueden ostentar más pura y excelsa, que el español, la gloria pacífica de la ciencia, el arte y el ingenio; como son pocos los que pueden citar entre sus hijos tantos nombres ilustres, ni los que pueden ofrecer tantos monumentos de arte como España.

Y al decir España, nos referimos a todas las

regiones que la constituyen; ya que de las observaciones hechas en nuestro viaje, hemos sacado la conclusión de que España es un conjunto de regiones, con diferencias y modalidades particulares, es verdad; pero tan íntimamente ligadas que todas ellas forman una unidad superior geográfica, étnica e histórica.

La unidad geográfica peninsular, determinada por tres mares—Cantábrico, Atlántico y Mediterráneo—y limitada por los Pirineos, es de tal naturaleza que no se comprende pueda haber más que una nación. Es una unidad étnica, porque España, como síntesis espiritual de la raza, es aquella suma de creencias, sentimientos, tradiciones, recuerdos y esperanzas que brillan en lo más alto de las almas españolas. Y es una unidad histórica, porque todas las glorias de España son comunes a todas las regiones y a todos los pueblos de nuestra raza, ya que todos fueron juntos a aquellas casi sobrehumanas empresas que nos dieron el dominio del planeta. Ni Jaime I, ni Fernando V, ni Fivaller, ni Isabel 1.^a, ni Alfonso X, ni Felipe II, ni Lanuza, ni Padilla, ni el Cid, ni Fernando de Córdova, ni Cisneros, ni Cortés, ni Balmes, ni Menéndez Pelayo, ni Goya, ni Fortuny, ni toda esa pléyade de hombres ilustres de nuestra patria, nacieron ni en Aragón, ni en Cataluña, ni en Galicia, ni en Castilla; sino que nacieron, para su gloria y la nuestra, en España.

Cuando Manrique y yo pasamos por la frontera portuguesa, frontera que corta perpendicularmente sus ríos y sus cordilleras, que son ríos y cordilleras que tienen su origen en España, y escuchábamos entusiasmados los «fados» cadenciosos con que rondallas portuguesas deleitaban a los viajeros en algunas estaciones, nos parecía oír la música dulce y

plañidera de «Airiños da mía terra» y de tantos otros cantos de la sin par Galicia. Y es, porque todas las regiones que forman la península, aunque tengan variedad de caracteres y aunque alguna, como Portugal, haya afirmado su independencia, sobre todas las diferencias regionales se destaca un fondo común de ideas, de sentimientos, de aspiraciones fundamentales y de tradiciones. Por eso, en ninguna de las regiones que visitamos nos considerábamos extraños; antes bien, nos encontrábamos como en nuestra propia casa. Y así nos creíamos gallegos en Santiago, la ciudad mística y romántica; y nos estremecíamos de entusiasmo en Montserrat, como si nuestra alma fuese un alma catalana; y nos sentíamos asturianos en Covadonga, y vascos bajo el árbol de Guernica o ante la virgen de Begoña, y aragoneses ante la virgen del Pilar, y castellanos cuando en Burgos recordábamos las proezas de Fernán González y del Cid... Y era así, porque éramos españoles en todas partes, y eran españolas todas esas regiones.



Fácil nos hubiera sido, a vuestro poeta y a mí, haber elegido un país extranjero como objetivo de nuestro viaje: ¿pero, íbamos a incurrir en el mismo pecado de esos pobres espíritus, mal orientados, que anteponen el conocimiento de lo extraño a lo suyo propio; que hacen gala de haber recorrido naciones diferentes y manifiestan un desconocimiento supino de cuanto a España se refiere? Bueno y conveniente

es conocer la casa del vecino; pero es de sentido común, que antes se debe conocer bien la propia, porque en ella tenemos nuestros más puros amores.

Por eso, hasta para trasladarnos a la península, preferimos no un barco extranjero, sinó un buque español. Y a fe que por lo que se refiere a comodidades y baratura en el pasaje no podemos quejarnos. Un gran patriota, cuya nobleza de sentimientos está en relación con la de su apellido, el Excelentísimo Sr. Marqués de Comillas, nos dió toda clase de facilidades para que embarcásemos, así a la ida como al regreso, en el hermoso trasatlántico «Reina Victoria Eugenia».

La primera escala que hizo el vapor fué en Cádiz, ciudad que, vista desde altamar, semeja inmensa gaviota extendiendo sus alas, refulgentes a la luz del sol, sobre el Atlántico.

La antigua Gadir de los fenicios, donde en 1812 se dió la famosa Constitución, firmísimo asiento de la soberanía nacional, es actualmente la expresión misma de la blancura, de la pulcritud, del orden y del progreso: no en valde se la designa con el poético nombre de «la tacita de plata». Su lindísima bahía ofrece un bellissimo panorama desde el muelle «Reina Victoria», en cuyo centro se alza, sobre artístico pedestal, la estatua de Moret.

Era el día que llegamos, 2 de junio, todo júbilo para los gaditanos. El Presidente del Directorio visitaba la ciudad para presidir la ceremonia de la entrega de la bandera a los somatenes de aquella provincia andaluza. Por este motivo vimos adornados con exquisito arte sus hermosos paseos, sus amplias plazas y sus típicas calles. Vimos, también, el histórico templo de San Felipe Neri, bajo cuyas sagradas bóvedas las

Cortes proclamaron la célebre Constitución, y visitamos, igualmente, la majestuosa catedral de estilo renacimiento.

En tranvía—aunque también puede viajar en tren—nos trasladamos a la populosa ciudad de San Fernando y al Departamento marítimo de la Carraca, admirando, al paso, la amplísima bahía gaditana y las montañas de sal que se levantan a ambos lados de la vía férrea.



Desde Cádiz, pasando por el Estrecho en una espléndida noche que nos permitió observar, desde cubierta, los potentes destellos de los faros de Ceuta, por un lado, y de Algeciras y Gibraltar, por otro, penetramos en el «mare nostrum», en el casi siempre tranquilo mar de la civilización, en ese mar Mediterráneo que un tiempo fué como un lago de España; y a los dos días de navegación por aquellas aguas llegamos al término de nuestro viaje marítimo, al puerto más comercial del Mediterráneo, a la grandiosa ciudad condal.

Nada os diré de Barcelona en esta primera conferencia; porque en nuestro programa de viaje, que fué realizado hasta en sus menores detalles, figuraba la detenida visita a dicha ciudad al terminar nuestras excursiones por el norte y noroeste de la península. Así que, esta vez, solo nos detuvimos en ella el tiempo preciso para descansar de nuestro viaje marítimo, satisfacer nuestros deseos familiares y proveernos

de un democrático billete de 12.000 kilómetros. Con él, y la estereoscópica debajo del brazo, emprendimos la excursión, el 1.º de julio, en dirección a Burgos.

Un tren expreso nos condujo hasta Miranda de Ebro, estación de empalme entre las líneas de Zaragoza, Irún y Madrid. Durante el trayecto de Barcelona a Miranda seguimos el curso ascendente del *Ebro famoso*, río que simboliza la unidad ibérica, ya que teniendo su origen en los peñascos de Cantabria, besa, al pasar por Miranda, la linde férrea de Vasconia, pasa al lado de la ciudad sagrada de Zaragoza y muere en las riberas tortosinas, para llevar sus aguas al mar latino, dando el nombre a toda la península.

El tiempo que tuvimos que permanecer en Miranda para esperar la llegada del mixto de Bilbao a Madrid que había de conducirnos a Burgos, le empleamos en visitar la histórica población. Un amplio *boulevard* conduce desde la estación a la ciudad; y en ella vimos edificios suntuosos, centros industriales y amplias plazas llenas de animación.

A las 12 de la noche proseguimos el viaje en un desvencijado vagón de un tren mixto que, al cabo de 4 horas, dió con nuestros cuerpos maltrechos en la «Caput Castellae».



Burgos se extiende a ambas orillas del río Arlanzón; y su situación no puede ser más pintoresca por estar rodeado de frondosos paseos y alamedas, como el Espolón, la Quinta y el Parral. Toda la ciudad

es un inmenso Museo del Arte Medioeval español. Su maravillosa catedral—la primera de España—es majestuosa en su interior por sus hermosas naves, su incomparable crucero, sus amplias capillas—entre las que se destaca la de los Condestables—, sus retablos, sepulcros y estatuas y su claustro, en el que admiramos una riquísima colección de tapices: y de una belleza soberana en el exterior por sus artísticas puertas de la Pellejería, del Sarmental, Coronería y del Claustro y, sobre todo, por sus altísimas caladas torres y la profusión de sus elegantes agujas que se elevan al cielo como una oración en piedra.

Siguen en importancia a esta joya del arte gótico, la Cartuja de Miraflores, situada en una altura a tres Kms. al norte de la capital; monumento del XV, que contiene sepulcros de un arte incomparable, como los de los fundadores de esta Abadía Juan II e Isabel de Portugal y el de su hijo el infante don Alfonso, ambos obra de Gil de Síloe, y la célebre escultura de S. Bruno que, al decir del vulgo, «no habla por ser cartujo». Otro monumento del arte gótico más puro del siglo XIII, es la Abadía de las Huelgas Reales, situada a dos Kms. de la población, en medio de una frondosa alameda. En este bello monumento se guarda, entre infinidad de joyas artísticas, uno de los admirables tapices que adornaban la tienda del Miramamolín en su campamento de las Navas de Tolosa; preciado trofeo que, entre otros muchos, los cruzados cristianos, dirigidos por Alfonso VIII, consiguieron en aquella memorable batalla, y que dicho monarca regaló a este Monasterio. Notabilísimas son también, así por los esplendores del arte como por los recuerdos históricos que evocan, las iglesias de S. Nicolás con su famosísimo retablo de alabastro policromado, Sta. Gadea

donde el Cid tomó juramento a Alfonso VI, San Gil, San Esteban y otras muchas.

Al lado de estos monumentos del arte religioso se contemplan y admiran, en el orden civil, palacios tan suntuosos como la llamada Casa del Cordón, donde los Católicos Reyes recibieron a Colón al regreso de su 2.º viaje de América y otros varios, que las inclemencias de los siglos y el abandono de los hombres han dejado en lastimoso estado; el Arco de Santa María, una de las puertas de las antiguas murallas, en el que actualmente se encuentra instalado el Museo provincial; el Arco árabe de S. Esteban, el de Fernán González, el solar del Cid y tantos otros monumentos que nos hablan de la fe, de la riqueza, del saber, de la grandeza, en fin, de aquella raza que en las armas, en las ciencias, en las artes y en las letras realizó empresas tan portentosas que siempre fueron, son y serán el asombro de las generaciones.

Si a esta inmensa riqueza artística que atestigua la antigua grandeza castellana que aquí tuvo su asiento—por algo se la llama «Cabeza de Castilla»—, se agrega la belleza de los panoramas que desde la ciudad se divisan y los aires purísimos que allí se respiran y el bienestar que el espíritu siente viviendo entre aquellos recuerdos de pasadas grandezas y entre las atenciones que a los viajeros dispensan aquellos hidalgos castellanos, que continúan poseyendo el cetro de la majestuosa lengua de Cervantes, no extrañaréis que esta ciudad sea la más visitada de la península por los extranjeros, y la más preferida; porque la consideran como una deliciosa estación de verano, como un emporio de riqueza artística y como la mejor escuela de lengua española.

Acompañados de queridos familiares realizamos

una excursión a la importante villa de Pampliega, tan célebre por sus mercados de granos como famosa en la Historia, porque en su monasterio pasó los últimos años de su vida el glorioso monarca godo, Wamba.

Esta provincia es, por otra parte, muy industrial. Son innumerables sus fábricas de harinas, de azúcar de remolacha y de tejidos de lana: sus tenerías gozan de gran renombre, como también sus industrias de madera, cemento y otras.

¿Quién habló del atraso de Castilla? Ahí están Burgos, Valladolid y Palencia desmintiéndolo con sus variadas industrias, con su moderna urbanización, con su floreciente comercio, con sus amplias avenidas, con sus magníficos hoteles, con sus renombradas ferias, con sus monumentales Institutos, con sus infinitos Grupos modernos escolares y, sobre todo, con su falta de analfabetos.

Del interés con que Castilla atiende a la cultura nacional es buena prueba el solemne acto que Manrique y yo presenciarnos en el Teatro principal de la capital burgalesa. Fué la *Fiesta de la Enseñanza*, que renunció a describirnos porque no vayáis a creer que, por ser castellano, exagere cuanto con Castilla se relaciona. Pero, a buen seguro que vuestro poeta Manrique os podrá decir si no he sido parco en los elogios, y si él mismo no ha reformado totalmente el concepto que, por referencias o por lecturas en algunos libros *castellanólobos*, tenía formado, hasta hace unos meses, de las ciudades castellanas.

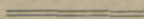
Desde Burgos nos trasladamos a la capital de España. De Madrid todos tenéis algún conocimiento; y no me detendré en mencionaros las innúmeras maravillas que encierra la coronada villa. Solo os diré que es digna de ser la capital de la Nación por su hermoso cielo, por la suntuosidad de sus edificios, por sus grandiosos monumentos, por sus incomparables paseos, por las comodidades que allí se encuentran, por la alegría que de ella emana y por el carácter franco y hospitalario de sus habitantes.

Cuatro días permanecemos en Madrid, más con el objeto de saludar a nuestros antiguos amigos y familiares que allí residen, que con el de visitar la tan hermosa población que conocemos de memoria; pues allí cursé mis estudios del grado Normal y en Madrid hicimos, Manrique y yo, nuestras primeras oposiciones. De otra parte, el calor asfixiante que allí se siente en el verano no convidaba a permanecer muchos días en la espléndida villa; al contrario, nos incitaba a tomar el tren para recorrer las frescas regiones del norte, objetivo principal de nuestra excursión.

En un medio de una dilatada y fértil llanura, regada por el caudaloso Pisuerga y el escuálido Esgueva, encontramos la ciudad de Valladolid, antigua Corte de España, en la que murió Colón y en la que vivieron los más preclaros ingenios del Siglo de Oro. En ella nos detuvimos dos días; y en verdad que el deleite de nuestro espíritu al contemplar los monumentos de arte



que encierra aquella populosa ciudad castellana nos compensó, con creces, de las molestias que nos causó el excesivo calor que allí se sentía. Valladolid, que ofrece el aspecto de una ciudad moderna por su magnífico Campo Grande, su suntuosa Avenida de Alfonso XIII, sus monumentales edificios y sus altas chimeneas que proclaman su actividad fabril y comercial, conserva, no obstante, el sello de su pasada grandeza. Allí están, para demostrarlo, San Benito, San Pablo y, sobre todo, San Gregorio con su fachada del siglo XV y su soberbio patio del Renacimiento, la más preciada joya arquitectónica que posee aquella ciudad. En este magnífico edificio está instalada actualmente la Escuela Normal de Maestros. También son notables la iglesia de la Antigua, por su esbelta torre bizantina y la Catedral, pesado monumento que planeó, y en parte dirigió, Juan de Herrera.



En menos de dos horas nos traslada el tren desde Valladolid a Palencia, pasando antes por Venta de Baños, estación de empalme con las líneas de Irún, Asturias y Galicia. Cerca de la estación se encuentra la célebre Abadía de San Isidro, y la antiquísima iglesia de San Juan, uno de los pocos ejemplares de arquitectura visigótica que hay en España. Su construcción se remonta al siglo VII y, según parece, fué mandada edificar por Recesvinto. En el trayecto de Valladolid a Palencia el tren corre por entre bien cultivadas huertas y frondosas viñas.

Palencia es una linda ciudad castellana, centro de la «Tierra de Campos», tan abundante en cereales que se la considera como el principal granero de España. Es una ciudad atractiva y simpática por su limpieza y por la franca hospitalidad de sus habitantes. Entre sus calles amplias, limpias y bien pavimentadas son dignas de mención la Calle Mayor que atraviesa toda la población, con hermosos edificios y muy típicos soportales; la de D. Sancho, donde se ven palacios antiguos; la Plaza Mayor y otras. Su catedral que exteriormente ofrece poco atractivo es, en su interior, uno de los más bellos monumentos del arte ojival en España. En ella se encuentra la cripta donde se guardan los restos de San Antolín. Más antigua que la Catedral es la iglesia de San Miguel, con una torre del siglo XIII, tan atrevida y esbelta que ninguna otra, en España, puede superarla ni en belleza ni en originalidad. También posee notables edificios modernos, entre otros el Palacio de la Diputación, el Ayuntamiento, la Casa de Correos, el Instituto y dos hermosos Grupos escolares. Digno de mención por su industria es el populoso barrio de «La Puebla» lleno, hasta hace poco, de fábricas de mantas de lana, que tanto renombre han dado a esta ciudad que cuenta, además, con fábricas de piedra artificial y de ladrillos, fundiciones de campanas, fábricas de relojes, de harinas y de azúcar. Rodean a esta ciudad, que baña el Carrión, frondosas huertas y espléndidos jardines y paseos. En un montículo de tierra rojiza, muy próximo a la población, se levanta histórico santuario donde veneran los palentinos al milagroso *Cristo del Otero*. Y no quiero hablaros de las atenciones que allí recibimos, porque estoy seguro de que ofendería la natural modestia de las personas queridas que nos las dispensaron con tantas creces.

Para satisfacer sentimientos familiares realizamos desde Palencia una pequeña excursión por la línea de Santander, siguiendo las márgenes del río Pisuerga, hasta Herrera; admirando las hermosas vegas bien cultivadas de hortalizas y árboles frutales, regadas por el Canal de Castilla y multitud de acequias.



De regreso a Palencia tomamos el tren con dirección a León. Contrastan los exuberantes alrededores de Palencia y la fertilidad de las vegas del Pisuerga con la aridez que presentan las dilatadas planicies que se atraviesan hasta cerca de León. Es esta tierra castellana, al parecer sin límites y sin accidentes, de la que, con mucho acierto, dijo un eximio poeta:

*«Ni aislada roca, ni escarpado monte
del diáfano horizonte
el indeciso término cortaban:
por todas partes se extendía el llano,
hasta el confín lejano
en que el cielo y la tierra se abrazaban».*

Poco antes de llegar a León la decoración cambia por completo. El verdor y la lozanía de los campos anuncian al viajero que se encuentra próximo a la ciudad leonesa, cuyos campos riegan el Bernesga y el Torío. La noble patria de Guzmán el Bueno, a quien la ciudad ha levantado soberbio monumento en el hermoso *boulevard* de Ordoño II, se siente orgullosa de poseer y guardar dentro de su amurallado recinto—hoy destruído en gran parte por necesidades del

ensanche— las tres más valiosas joyas de la arquitectura española: su incomparable *Catedral* gótica, llamada, en justicia, la «*pulchra leonina*» por lo atrevido de las bóvedas de sus naves, por la esbeltez de sus altísimas columnas, y por la delicadeza de sus rasgados ventanales, cerrados por artísticas vidrieras policromadas, por las que penetra a raudales la luz, quebrada en mil cambiantes de color: su *Colegiata de S. Isidoro* con el célebre Panteón de los monarcas leoneses, joya del arte románico; y, en fin, su *San Marcos*, el más valioso monumento plateresco de España, y cuya sillería del coro es una maravilla. Cuenta esta histórica ciudad con multitud de palacios antiguos, como la «Casa de los Guzmanes» y otros, que atestiguan su pasada grandeza: y de edificios modernos de tanto mérito como la llamada casa de los Botines y el nuevo y majestuoso Instituto, que proclaman su actual progreso y la inmensa riqueza que le han dado sus abundantes cuencas mineras.



Por la línea férrea de León a Galicia, pasando por Astorga, antigua capital de los *maragatos*, afamada por sus chocolates y mantecadas, atravesamos la fértilísima región del Bierzo, tan celebrada por las riquezas de su suelo como por los recuerdos históricos que evocan sus principales ciudades, Ponferrada y Villafranca. El tren sigue el curso del río Sil—el de las arenas de oro—en un recorrido de más de 50 kilómetros atravesando, unas veces, ingentes montañas,

siendo notable la de *Montefurado*, horadada por el Sil; y otras, valles rebosantes de color, de luz y de armonía, hasta llegar a Manforte, donde cambiamos de tren para seguir la línea de Orense y Vigo.

Describiros las emociones purísimas que experimentamos en este viaje, sería superior a mis fuerzas. Ibamos recorriendo la *Suiza española*, más encantadora que la verdadera Suiza; porque en Galicia admira el viajero no solo la majestad de las montañas, cubiertas, hasta la cima, de bosques de castaños, nogales, hayas y abetos; sino la placidez y el encanto de sus valles, donde el naranjo, la vid y los cerezos, entremezclados con las magnolias, los tamarindos y los rosales, viven en tanta profusión y lozanía, que se nos figuraba estar en el *Paraíso terrenal*. Agregad a esto la música, siempre dulce y nunca vieja, de los *fados* con que rondallas portuguesas saludaban el tren a su paso por las estaciones próximas a la frontera; y los encantos que ofrecen aquellas rías bajas, con sus lagos hechos por el mar, y el contraste de la corriente de plata de esas rías con el verde de sus praderas y bosques, y en fin, los pintorescos caseríos que a lo largo de las riberas del Miño se levantan, como blancas palomas, sobre un fondo de verde esmeralda, y tendréis un pálido bosquejo de la encantada región gallega.

Por eso no extrañaréis que, al contemplar las soberanas bellezas naturales de aquella tierra privilegiada, no saliéramos de nuestro asombro hasta que llegamos a Vigo; hermosa urbe que de un pequeño pueblo de pescadores se ha transformado en la ciudad más comercial, más poblada y más floreciente de la provincia de Pontevedra; y su puerto, en el mejor de España. En su inmensa bahía, la más amplia y segura de Europa, cabrían cómodamente todas las escuadras europeas.

Las montañas que la rodean, pletóricas de vegetación, están matizadas de pintorescos pueblecitos con amplias playas de finísima arena, a las que fácilmente puede trasladarse el viajero en cómodas embarcaciones que constantemente cruzan en todas direcciones aquella hermosa bahía que semeja, por el incesante movimiento de ir y volver del sinnúmero de naves de todas clases y por la tranquilidad del mar, un lago veneciano. Las grandes avenidas y los hermosos parques que tiene Vigo, las soberbias construcciones que se levantan por doquier, lo mismo que el asombroso movimiento comercial y fabril que allí se advierte, todo hace creer al viajero que se encuentra en una de las más modernas y progresivas poblaciones europeas.

Continuamos nuestro viaje, de agradables emociones, desde Vigo a Pontevedra, bordeando siempre las risueñas riberas de las encantadoras rías gallegas que al fin, en la vertiginosa marcha del tren, perdimos de vista cuando nos internamos por entre frondosos bosques y bellísimas campiñas hasta llegar a Santiago de Compostela; la «*Iria Flavia*» de los romanos, la Jerusalén de Occidente, antigua capital del reino de Galicia, en cuya sagrada ciudad «cada edificio es un monumento y cada enlosada calle una lección de Historia». Su magnífica Catedral, joya del arte románico donde se veneran los restos del Apóstol, ostenta una espléndida fachada barroca, el «Obradouro»—

Obra de Oro—que, a parte de su altisonante nombre, desdice de la unidad que resplandece en el resto del famoso templo y es muy inferior, en belleza, al grandioso Pórtico de la Gloria. En Santiago se respira un ambiente patriarcal, señorial y místico, muy en consonancia con sus grandiosos monumentos y con la historia de su brillante pasado. Leed «*La Casa de la Troya*», de Pérez Luján, y vivireis unas horas la vida de la antigua capital de Galicia.

En un magnífico automóvil nos trasladamos de Santiago a la Coruña. Abandonábamos la ciudad que por la severidad de su grandeza convida al recogimiento del espíritu y a la meditación, y entrábamos en la ciudad comercial, bulliciosa y alegre, de trazado moderno, de versallescos jardines, de calles animadísimas: que todo esto es, y algo más, la simpática capital gallega.

Emplazada en el ángulo más saliente del noroeste de la península y en el cruce del Cantábrico con el Atlántico, parece La Coruña un centinela avanzado de España, simbolizado en su famosa *Torre de Hércules*, que recibe, con las olas que besan sus costas, el homenaje de amor del Nuevo Mundo a la Madre Patria. Cuna de varones insignes, como Da Guarda que a sus expensas construyó los magníficos edificios en que se hallan instalados el Instituto y los Grupos escolares que llevan su nombre; de ilustres literatos, como la Condesa de Pardo de Bazán y Linares Rivas; de soció-

logos tan eminentes como Concepción Arenal, de poetisas como Rosalía de Castro y de patriotas como María Pita, la ciudad ha perpetuado sus gloriosos nombres erigiendo a su memoria artísticos monumentos en los parques de la población.

En poco más de dos horas por ferrocarril, siempre bordeando las pintorescas riberas del mar pobladas de villas y caseríos, llegamos a la populosa ciudad de El Ferrol. En su bahía se alzan las obras hidráulicas de sus renombrados arsenales y astilleros, los más importantes de España.



Desde La Coruña regresamos de nuevo a León, pasando por Lugo, ciudad antigua. Esta provincia, abundante en pastos y riquísima en ganado vacuno, parece un inmenso bosque de castaños, nogales y cerezos.

Y en León, tras breve descanso que nos permitió visitar de nuevo su famosa Catedral, tomamos uno de los trenes de la vía férrea de Asturias. Fué en este viaje cuando la admiración de vuestro poeta Manrique se desbordó en frases de entusiasmo, al contemplar la Naturaleza en todo su salvaje esplendor; porque desde León el tren va encaramándose, mejor que ascendiendo, por altísimas montañas, hasta el *Puerto de Pajares*.

El ánimo queda suspenso y sobrecogido al contemplar, desde lo alto del Puerto, las profundas simas que quedan bajo nuestros piés; las nieves perpétuas que coronan las montañas que nos rodean; las nubes

que envuelven, allá abajo, los valles eternamente verdes; las numerosas cascadas, de agua purísima y siempre fría, que se precipitan por entre siniestras hendiduras de cuarzo hasta el fondo de los valles; la zigzagueante carretera construída sobre piedra viva que, como blanca cinta, bordea las verdes faldas de las montañas; la transparencia de aquella atmósfera, la augusta soledad de aquellos parajes...

La intensa emoción que se experimenta desde la cima de *Pajares*, solo puede ser comparada a la que el turista recibe cuando contempla el mar, el cielo y las islas desde la cúspide del gigantesco Teide.

Y a todo esto, las potentes locomotoras—en este trayecto se necesitan dos acopladas—van arrastrando fatigosamente, penosamente el tren, llevándole, más de las tres cuartas partes del trayecto, bajo tierra, por cavernas inmensas que el hombre abrió para perforar las montañas o por entre espantosos precipicios que infunden pavor y espanto en el ánimo más esforzado.

En parte del trayecto de este ferrocarril pudimos admirar los trabajos que se están realizando para la electrificación de la línea; y desde Navidiello, estación siguiente a la de Pajares, hasta Pola de Lena hicimos cómodamente el viaje, en un tren eléctrico, sin las molestias del humo de las locomotoras.

Cuando se considera lo atrevido de esta línea férrea, se inclina uno a pensar si el ilustre ingeniero que la trazó—recientemente fallecido—haría pacto con Dios o con el Diablo para construir este camino de hierro, el más peligroso y emocionante de Europa.

Estas impresiones, mezcla de encanto y terror, de admiración y sobresalto, fueron en aumento mientras atravesábamos las riquísimas cuencas mineras de Ujo, Mieres y Olloniego, hasta que llegamos a la

capital del «*Principado de Asturias*», Oviedo; de tan gloriosa historia desde que la fundó Fruela, y que desde entonces fué Corte de la monarquía goda.

Asentada esta ciudad en el valle que forma el monte Naranco, tiene el aspecto de una gran ciudad moderna por sus amplias avenidas y majestuosos edificios, por su monumental calle de Uría y sus jardines; aunque también conserva en multitud de bellísimos monumentos el sello de su antigua grandeza. Proclámanla, entre otros, su hermosa Catedral gótica con airosa torre y un claustro de soberana belleza, su Universidad y el antiguo Palacio de Justicia.

Desde Oviedo se pueden realizar fácilmente excursiones a sitios encantadores y de pujante vida fabril, como Trubia, la Felguera, Laviana y cien más. Nosotros la realizamos a S. Esteban de Pravia, puerto de gran actividad, en el que disfrutamos de un clima delicioso y contemplamos un espléndido panorama.

El puesto de honor entre todas las poblaciones de Asturias corresponde a la moderna y populosa villa de Gijón, que si no ostenta tantos monumentos de arte ni conserva tantos recuerdos históricos como la capital, la supera en importancia industrial y comercial y en bellezas naturales. Como Vigo, es Gijón una población a la que dan vida sus importantes industrias y su magnífico puerto *El Musel*. En el Real Instituto de Jovellanos, grandioso edificio de estilo neo-clásico, se guarda un inapreciable tesoro en dibujos y bocetos originales de Miguel Angel, Tintoreto, Correggio, Dürero, Vinci y tantos otros; sabiamente ordenados y clasificados por el que fué Director de aquel centro, D. Miguel Adellác. Los alrededores de Gijón son verdaderos vergeles, llenos de palacios suntuosos y de villas de recreo; y su playa es la más hermosa, la más amplia

y la de arenas más finas de todas las del Cantábrico.

Desde *El Musel*, un tren eléctrico que recorre todas las sinuosidades de la costa, marchando vertiginosamente por los bordes de espantosos precipicios, algunos de más de 200 metros de altura, que descienden perpendicularmente hasta aquel mar embravecido y rugiente como un monstruo mitológico de cien fauces que amenaza devorar a cuantos se atrevan a pasar por los límites de sus dominios, nos trasladó a la apacible villa de Avilés. En esta importante población visitamos un afamado centro de cultura, su monumental teatro, sus amplias calles y los muelles de su importante ría.

Salimos de Gijón por el ferrocarril de Langreo, que se transforma en funicular entre Pinzales y San Pedro, para enlazar en Noreña con el ferrocarril del Cantábrico que había de conducirnos hasta Arriondas. Este tren bordea las faldas de altísimas montañas, o se desliza por entre valles cubiertos de manzanos (*pomaradas*) salpicados de casas de labor, en las que se destaca el *Hórreo* o granero, típica construcción de Asturias y muy parecida a las prehistóricas habitaciones lacustres.

Era nuestro propósito internarnos por aquel laberinto de cordilleras que reciben el nombre de «*Picos de Europa*» con el objeto de que nuestro espíritu, fatigado con tan variadas emociones, descansara en aquella augusta soledad, tan diferente del clamor triunfante de la vida que se agitaba febril en la villa cosmopolita gijonesa que acabábamos de abandonar.

Desde Arriondas nos dirigimos, en un incómodo tranvía de vapor, a Covadonga, siguiendo siempre el curso ascendente del Deva. A las dos horas de viaje llegamos a la falda del monte *Auseba*, en cuya cumbre se levanta majestuosa la Basílica de Covadonga. Treinta minutos empleamos en llegar a ella; y cuando penetramos en la sagrada Cueva donde se venera la imagen de la *Santina*—como llaman cariñosamente los asturianos a la Virgen—y donde se encuentran los sepulcros, abiertos en piedra viva, de Pelayo y Alfonso I; al encontrarnos en el mismo lugar en que hace doce siglos resonó el primer grito de independencia contra la invasión sarracena, nos pareció escuchar una voz augusta que clamaba en lo hondo de nuestros pechos: «Si creéis en la Patria, arrodillaos». Y vuestro poeta y yo nos postramos ante aquel soberano altar de la Naturaleza y allí, tan elevados sobre las miserias de los hombres, nos sentíamos buenos y misericordiosos, porque creíamos hallarnos más cerca de Dios:

No haré mención de las innumerables joyas artísticas que contiene la Basílica de Covadonga. Solo os diré que en ella se guardan tesoros de valor incalculable que el pueblo español, creyente y reconocido, ha ofrendado a la Virgen.

Ya en el valle, contemplamos un sencillo monumento—una esbelta cruz de piedra—que señala el lugar, según reza una inscripción en ella gravada, en que Alkamák y sus huestes fueron derrotados por los cristianos que dirigía Pelayo.



De regreso a Ariondas continuamos el viaje, siempre bordeando la acantilada costa cantábrica, hasta la capital montañesa, Santander; que con su renombrada playa del Sardinero, su Gran Casino, su palacio Real de la Magdalena, sus frondosos jardines y Alamedas, donde constantemente se agita una abigarrada muchedumbre, su amplia bahía llena de barcos que ostentan las matrículas de tódas las naciones, sus muelles abarrotados de mercancías, sus calles, su señorial paseo de Miranda poblado de palacios y suntuosas villas de recreo, es una de las ciudades que ofrecen mayores atractivos al viajero y que evoca los nombres de don José María de Perera, el insigne novelista de costumbres montañesas, y del sabio polígrafo Menéndez y Pelayo, hijos de esta ciudad.

Alrededores deliciosos de Santander son, entre otros, el Astillero y Solares, que también visitamos para contemplar sus encantadores paisajes y las famosas grutas de estalactitas y estalacmitas, conocidas con el nombre de *Fuente del Francés*.

En un tren de vía estrecha que cruza rapidísimo por entre vergeles de flores y entre bosques de nogales, cerezos y castaños, llegamos a *Limpias*. Desde que se llega a la estación se advierte por el gran número de viajeros que en ella descienden, en su mayoría sacerdotes y señoras, que el turista se encuentra en otro de los lugares de mayor fe y devoción de España: aunque no falta, al lado del misticismo que en aquel ambiente se respira, cierto espíritu judaico, de que son buena prueba los innumerables bazares y hoteles allí establecidos por los modernos «mercaderes del templo» para explotar la piedad y la fe de los visitantes.

Limpias es un pueblecito de la *Montaña*, lindo y atractivo como todos los de la provincia santanderina.

Al descender del tren nos asedia una nube de «ganchos» de fondas que nos ofrecen cómodo pasaje, en coches jardineras o en aristocráticos autos, hasta la población que dista de la estación unos dos kilómetros por bien cuidada carretera sombreada por árboles gigantescos. Nosotros tuvimos el *valor* de no aceptar los «generosos» ofrecimientos de los amabilísimos mozos de hotel y recorrimos a pié el trayecto hasta el pueblo, admirando, de paso, mansiones blasonadas y bellísimos paisajes, de esos que tan magistralmente describe Perera en «Peñas Arriba» o en «El Sabor de la tierra».

En una plaza, rodeada de árboles seculares, se alza una iglesia vulgar. Es la parroquia del pueblo donde se venera la renombrada imagen del milagroso Cristo. Ante El nos postramos. Y al contemplar aquel portentoso de escultura, evocamos este brillante apóstrofe del genio de la elocuencia, del inmortal Castelar: *«Grande es el Dios del Sinaí; el trueno le precede, el rayo le acompaña, la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay un Dios más grande, más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sinó el Dios del Calvario, clavado en una cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios, y sin embargo diciendo; «Padre mío; perdónalos, perdona a mis perseguidores, perdona a mis verdugos; porque no saben lo que se hacen».*

Desde Limpias, continuando siempre por la costa cantábrica, nos trasladamos a la capital de Vizcaya, a

la industriosa Bilbao, a la segunda Barcelona. Desde mucho antes de llegar se adivina su grandeza y esplendor al observar las mil embarcaciones que recorren su ría y los cientos de chimeneas de las fábricas y altos hornos de Baracaldo, Portugaleta y Sestao, pueblos cercanos a la invicta Villa.

Si el hombre dedicado a la activa vida de los negocios queda absorto ante el inusitado movimiento industrial y mercantil de esta población y su provincia, que ha sabido elevarse por el esfuerzo de sus hijos al emporio de la grandeza material, el turista también se deleita en la contemplación de la agreste naturaleza del país vasco y con la grandiosidad de esta población, en la que todo en ella es monumental: desde sus amplias avenidas, sus calles, sus plazas, sus puentes, sus edificios, sus establecimientos bancarios, sus cuarteles, sus hospitales, sus teatros, sus paseos y jardines, su famosa Universidad de Deusto, su Escuela de Ingenieros, sus estaciones de ferrocarril y su Palacio de la Diputación, hasta sus escuelas de Achuri, Indáuchu y la Concha, soberbios monumentos destinados a la educación de la niñez.

A muy corta distancia de la población se pueden realizar agradables excursiones. Portugaleta, las Arenas y Algorta, situados en la desembocadura de la ría del Nervión, con sus suntuosas fincas de recreo, sus bosques y sus playas, dan la sensación de las playas aristocráticas. Sobre una colina poblada de quintas y «casas de labor» se encuentra Begoña, pueblo que acaba de ser agregado a Bilbao, y en él se levanta el célebre santuario donde se venera a la Virgen, patrona de Vizcaya. Pero si esta colina simboliza el alma religiosa de Bilbao, otro monte representa el alma mundana de la Villa. Es Archanda, a cuya cima nos conduce

un funicular. Desde su elevada meseta, en la que se encuentran un suntuoso Casino y otros edificios más modestos a los que acuden los vizcainos para gustar el clásico «chacolí» y la «sagardua», se divisa el espléndido panorama que ofrecen la ciudad y su ría.

A unos excelentes amigos bilbainos, los señores Laburu, que nos prestaron atenciones inolvidables, debemos la agradable excursión que hicimos en auto a la pintoresca ría de Mundaca, situada a unos 50 kilómetros de Bilbao, donde visitamos las playas de Buturía y Pedernales, así como la encantadora isla de Chacharramendi; y a la importante población de Guernica en la que vimos, respetuosos, el árbol venerado de las tradiciones éuskaras. Contemplamos, además, paisajes estupendos y profusión de elegantes edificios de estilo vasco, todos rodeados de jardines que, según nos informaron, eran las escuelas de barriadas, sostenidas con fondos provinciales; y, en fin, pudimos admirar la solidez y el buen estado de aquellas carreteras, las mejor atendidas de España.

De nuestro viaje por Vizcaya sacamos la impresión de que en esta provincia se unen, en admirable consorcio, el arte, la industria, la naturaleza y los históricos y milenarios recuerdos.

=====



Por la estación de los ferrocarriles vascos, única en su género por el estilo de su construcción, continuamos el viaje hasta San Sebastián, «La Perla de las playas del Cantábrico» como se le llama. La capital de

Guipúzcoa es para el observador todo lo contrario de la capital de Vizcaya. No hay que buscar en San Sebastián la fiebre del negocio ni del trabajo, que son las características del pueblo bilbaino; porque se sufriría una decepción. San Sebastián es la ciudad donde radica la alegría de Vasconia; mientras que Bilbao es el centro de la laboriosidad y seriedad de esta región.

Bilbao es majestuoso y severo; San Sebastián, bullicioso y riante. En aquel, todo invita al trabajo y al orden; en este, al deleite y al ocio. Todo, en San Sebastián, ofrece el aspecto de una ciudad versallesca, elegante y frívola, como si no se preocupase más que de la alegría del vivir. Es un hermoso *bibelot*, como los que adornan las vitrinas de las mujeres elegantes; pero, como aquellos, frágil y quebradizo en extremo. Por eso, la vida de esta población pende, principalmente, de la temporada estival y de la importancia que le da la permanencia de la Corte durante gran parte del verano. ¡Pero, con todo; cuán hermoso y atrayente es San Sebastián!

La elegante playa de la Concha con sus finísimas arenas y la regularidad de sus olas que antes de llegar a la orilla amortiguan su furor en el rompeolas natural de la pintoresca isla de Santa Clara; los lindísimos jardines, el majestuoso «Gran Casino», las suntuosas moradas, los elegantes hoteles y villas de recreo, el «Gran Kursal», las amplias y modernas calles con sus lujosísimos comercios, la multitud de veraneantes que llenan calles y paseos, el grandioso panorama que se divisa desde el monte Igueldo, al que se sube por un funicular, el Palacio Real con sus innumerables torres cónicas que se destacan de entre los espléndidos bosques que le rodean..., todo cautiva el ánimo del visitante que cree encontrarse en una de esas fantás-

ticas ciudades que se describen en los cuentos de las *Mil y una noches*.

En 40 minutos nos traslada un tren eléctrico a Irún, última ciudad española por la costa cantábrica. Cerca de esta ciudad se encuentra el Puente internacional y el Bidasoa con su histórica isla de los Faisanes. Como no se nos ocurrió proveernos de pasaportes, nos fué imposible atravesar la frontera.

Y ya que los señores *gendarmes* y carabineros nos impidieron continuar el viaje por la nación vecina, juzgo que ha llegado también el momento de terminar esta conferencia; pues, de seguro, estaréis fatigados de tantas correrías que otro día proseguiremos por tierras de Aragón y Cataluña, si es que vuestra benevolencia con nosotros es tan galante como la que hoy nos habéis dispensado.

CONFERENCIA SEGUNDA

DADA EL 31 DE OCTUBRE DE 1924

(SE PROYECTARON 57 CLICHÉS, OBTENIDOS POR EL SEÑOR MANRIQUE)



NAVARRA, ARAGÓN
Y CATALUÑA

SEÑORAS Y SEÑORES:

Veo con agrado el creciente interés que han despertado en vosotros estas conferencias, que bien sabe Dios no las organizamos sinó para dar a conocer, mediante la proyección de los clichés obtenidos por el Sr. Manrique, las bellezas naturales y artísticas que contienen las regiones españolas que visitamos durante el verano último. No fué otro nuestro propósito que dar una clase más a nuestros alumnos y, por eso, pedimos autorización a la Dirección de este Centro para utilizar una de sus salas de clase, bien seguros de que la medianía del profesor habría de limitar el número de sus oyentes. ¿Pero, cuál no sería nuestra sorpresa al ver esta aula llena no solo de alumnos normalistas, sinó de personas instruídas y distinguidos compañeros que nos dispensaban el

inmerecido honor de venir a escuchar nuestras impresiones de viaje?

Por la honra que seguís otorgándonos, sin duda con sacrificio de parte vuestra, el sacrificio del tiempo y aun el de la comodidad— que bien ví en la anterior conferencia la manera cómo muchos permanecieron durante aquellas dos horas en que, sin darme cuenta del tiempo, puse a prueba vuestra paciencia—, me considero obligado no solo a expresivas muestras de agradecimiento, sinó a una deuda especial que no podré pagaros; pero que está en manos de vuestra generosidad el condonármela.

Y hecha esta confesión, en descargo de mi conciencia, prosigo el relato de nuestras impresiones de viaje.



Una mañana brumosa del mes de Agosto, que presagiaba tempestad, abandonamos la coquetona, bulliciosa y siempre alegre ciudad de San Sebastián; y por el ferrocarril del Norte emprendimos el regreso. Muy poco tiempo llevábamos de viaje cuando se desencadenó un imponente temporal de lluvia, relámpagos y truenos. A las dos horas llegábamos a tierras de Navarra, provincia que participa, por el oeste, de los encantos de la región vascongada y, por el este y sur, de la severidad de Aragón y Castilla, con las que limita. El tren, en su vertiginosa marcha, había dejado atrás la tempestad y sobre las tierras calizas de Navarra reverberaba un sol inclemente y justiciero.

Mucho lamentamos que el casi agotado presupuesto de viaje no nos permitiese visitar Pamplona, ciudad que tiene bien adquirida fama por su extremada limpieza, hermosos paseos e históricos edificios; porque de seguro nos hubiéramos deleitado en la contemplación del Museo que ostenta las glorias del inmortal Sarasate; de aquel insigne artista que, con el violín, hizo vibrar de emoción las almas de los pueblos por donde pasó derramando torrentes de armonía; de aquel excelso español que amaba con tal pasión a su patria chica que rescindía, impasible, los más ventajosos contratos firmados en el extranjero por no dejar de prestar, ni un solo año, su cooperación artística a las renombradas Fiestas de San Fermín; y en fin, habríamos admirado los hermosos edificios escolares que ostenta con orgullo la capital de Navarra. Tuvimos que resignarnos a contemplar, desde la vía férrea, las siluetas de las gallardas torres que airosamente recortaban un horizonte pletórico de luz en aquel día estival.

Poco después de pasar la importante población de Tudela entramos en la noble tierra aragonesa. Nuestra imaginación evoca entonces las glorias de esta españolísima región, asiento y baluarte de la hidalguía, del ingenio y del patriotismo. Patria de Alfonso I el Batallador y de Jaime I el Conquistador y de Pedro III el Grande; de Lanuza, de Palafox y de Agustina de Aragón; que tiene su epopeya en la atrevida expedición a Oriente, y su entusiasmo por la cultura en la famosa Universidad sertoriana, y su amor a la independencia en la trágica historia de la Invasión Francesa, y su leyenda misteriosa en la «Campana de Huesca», y su elevado sentido político en el Parlamento de Caspe, y su acrisolada fe religiosa en *El Pilar*.

¡Aragón; cuna de héroes y de santos, de conquis-

tadores y de sabios, de místicos y de poetas; que compartes con Castilla la altivez de aquellos hombres que solían decir a sus reyes: «*cada uno de nosotros vale tanto como Vos, y todos juntos más que Vos*»; que tuviste un ardiente defensor de tus libertades en el excelso mártir Lanuza, como Castilla le tuvo en Padilla; que junto con ella batallaste, siglos y siglos, para salvar a España y a toda Europa de la cicuta del Alcorán; que cooperaste a realizar la unidad nacional, uniendo en matrimonio al más grande de tus príncipes «*el más señalado en valor, justicia y talento que en muchos siglos España tuvo*» — según escribe de don Fernando el historiador P. Mariana— con «*la más prudente, discreta, valerosa y casta de las princesas castellanas, Isabel*»!

¡Tierra santificada por la Virgen María y fecundada con la sangre de los *Innumerables Mártires* de la Fe y de la Patria! Al llegar a tus sagrados umbrales te saludan reverentes dos admiradores de tus grandezas: un fervoroso hijo de las Peñas de la Atlántida, entusiasta trovador de la noble raza *guanchinesa* y de la excelsa Reina de los Cielos que él evoca con el poético nombre de *La Candelaria*, y un humilde hijo de esa tierra castellana, hermana tuya en la fe, en las proezas y en el patriotismo; que por algo podemos decir aragoneses y castellanos que toda es igual entre nosotros; tierra y hombres...

Y mientras evocábamos silenciosamente las glorias de Aragón y elevábamos con el corazón estas plegarias, el tren nos condujo rápidamente a la capital.

Desde antes de llegar se anuncia Zaragoza por las majestuosas torres y cúpulas de sus dos Catedrales. El aspecto que ofrece la populosa ciudad es grandioso; pues en ella se unen al encanto de su glorioso pasado que sobrevive, a través de los siglos, en los

viejos muros de sus blasonados monumentos, la gracia y la alegría de sus barrios modernos de amplias plazas, hermosas calles y edificios suntuosos.

Apenas llegamos al hotel donde nos hospedamos, enclavado en la señorial calle de Alfonso I, nos apresuramos a satisfacer el principal deseo que allí nos llevó. Descendíamos del tren a las 4 y media de la tarde y a las 5 ya nos encontrábamos bajo las severas bóvedas del sagrado Templo, venerando a la Pilarica cuya imagen se asienta sobre el mismo *pilar* en que, según la tradición, se apareció al Apóstol Santiago.

La Capilla del Pilar, siempre llena de fervorosos devotos, es como un pequeño templo levantado en el centro de la monumental basílica. El mármol más rico y el bronce son sus materiales de construcción. El oro y la plata que revisten columnas, verjas y altares, en los que se reflejan centelleantes las luces de los mil cirios siempre encendidos, como otras tantas plegarias fervorosas y ardientes, dan a esta Capilla el aspecto de una inmensa ascua de oro, de la que se destaca entre nimbos de luz celestial la imagen de la Virgen. Esta capilla pertenece al estilo renacimiento que es el que predomina en el resto de la basílica, cuyas amplias bóvedas, bañadas en luz, ostentan valiosísimos frescos de Goya, Velázquez, Bayen y otros excelsos maestros de la Pintura.

Otra Catedral, de más mérito por su antigüedad y por la belleza de su arquitectura que la de «El Pilar», es la de «La Seo», con airosa torre de estilo árabe, con atrevidas naves ojivales, con valiosos retablos, con filigranados sepulcros y sobre todo, con su histórico Cristo: pues si este Templo careciese de toda otra belleza le bastaba para ser célebre la posesión de tan venerada imagen.

Muchísimos otros monumentos patentizan la grandeza histórica de esta capital que, sin olvidarse de su glorioso abolengo, ha adquirido justa fama de ciudad moderna. Se la dan su animadísima calle del Coso, espina dorsal de la ciudad, llena de elegantes comercios, edificios suntuosos, teatros, casinos, cafés y hoteles; se la dan sus amplias plazas y el hermoso Paseo de la Independencia, en el que se levantan artísticos monumentos, como el de *Los Sitios* consagrado a los héroes de la Independencia, el del *Justiciazgo* que perpetúa la memoria de Juan de Lanuza y el que, en forma de obelisco funerario, ha erigido recientemente la ciudad en recuerdo de los desgraciados ingenieros y trabajadores que en los trágicos días de 1918 ofrendaron sus vidas por salvar a Zaragoza de los furores de una demagogia que pretendía reproducir en nuestra patria las hecatombes del ya fenecido imperio ruso; se la dan, en fin, sus dos magníficas estaciones ferroviarias, sus atrevidos puentes sobre el Ebro y el Gállego, sus poderosas industrias harineras y de material ferroviario—las más importantes de España—y sus numerosas fábricas de hilados y tejidos, de cristales y espejos.

Pero no proseguiré estas impresiones de viaje sin que antes os deleiteis con las primicias de la lectura del bellissimo canto que mi compañero de viaje, el excelso poeta canario, ofrenda a la Ciudad *siempre heroica*. Cuanto os he dicho de ella resulta pobre y pálido ante la soberana evocación del poeta.

Dice así:

ZARAGOZA ⁽¹⁾

*Riberas del Ebro, bajo el sol poniente,
corría el expreso veloz y estridente.
La tarde, una tarde del cálido estío,
llenaba las frondas de raros cambiantes
y había un divino fulgor de diamantes
en la transparente planicie del río.*

*Su potente grito lanzó la sirena,
la locomotora su marcha refrena,
y allá, en un pomposo marco de olivares,
la urbe ostentaba sus claros vergeles,
al cielo sus torres de altos chapiteles
que en oro bruñían los rayos solares.*

*Era, al fin, aquella la ciudad soñada,
la que en el martirio fué purificada,
la que siempre tuvo mi veneración,
la heróica, la augusta ciudad relicario,
de la noble España solar legendario,
Zaragoza invicta, perla de Aragón.*

*Yo entré en su recinto, mudo y reverente
igual que en un templo penetra el creyente;
llevaba en mi espíritu la visión radiosa
de aquel su pasado devoto y guerrero,
de aquellos sus hombres de temple de acero
que al mundo legaron su gesta gloriosa.*

(1) Por deferencia del laureado poeta se incluye en el libro esta hermosa composición, hasta ahora inédita, que él reservaba para más elevadas empresas literarias.



*De aquellos que a Oriente partieron un día
soberbios y olímpicos en su bizarria:
altos los mostachos y alta la mirada,
el jubón ceñido y el paso arrogante,
sujeta al chambergo la pluma ondulante,
la cota en el pecho y al cinto la espada.*

*Y de aquellos otros, errantes cantores
que el laud tañían por valles y alcores;
del enamorado doncel trovador
que, preso en las redes de esquiva hermosura,
vertía, anheloso, toda su ternura
en un peregrino romance de amor.*

*Zaragoza, patria de sabios y ascetas,
de monjes soldados y reyes poetas...
Por entre sus muros ya no se abren paso
en recios corceles los séquitos reales,
con alucinantes reflejos astrales
en los pellizones de púrpura y raso.*

*Mas ello no importa, de aquel poderío
aun guardan sus venas el rango y el brío;
para un nuevo tiempo, nuevo amanecer,
si antaño fué grande junto a la muralla,
ofreciendo el noble pecho a la metralla,
hoy lo es en el rígido trajín del taller.*

*Y porque no merme tampoco otra herencia,
la fe, de su historia médula y esencia,
el alma tranquila, tranquilo el hogar,
funda una esperanza por cada deseo
en su milagroso Cristo de la Seo
y en su venerada Virgen del Pilar.*

Domingo J. Manrique

Deberes de amistad y compañerismo nos llevaron desde Zaragoza a la antiquísima Osca, donde Sertorio fundó la primera Universidad española.

Huesca, que por espacio de más de un siglo fue la capital de Aragón, está edificada en forma de anfiteatro en las faldas de una colina, en cuya parte más elevada se yergue altiva y soberana su bella catedral gótica que encuadra uno de los lados de la plaza en la que se levantan las Casas Consistoriales, edificio de severa construcción. Esta parte de la ciudad conserva el poético ambiente de una población medioeval con sus palacios blasonados, sus calles tortuosas, estrechas y solitarias—por las que nos parece ver cruzar la sombra del Rey «Monje»—y sus artísticas rejas que cierran portales y ventanales de casas misteriosas. En ella se encuentra la iglesia románica de San Pedro, declarada monumento nacional, y el histórico palacio de los Reyes de Aragón, actualmente habilitado para Instituto Nacional, en una de cuyas salas tuvo lugar el sangriento drama conocido por *La Campana de Huesca*, leyenda o suceso histórico que inmortalizó en el lienzo el glorioso pintor palentino Casado del Alisal.

La ciudad moderna o ensanche, centro de la vida comercial oscense, es alegre y animada, con buenos edificios y avenidas tan hermosas como las de la Estación y las del Coso Alto y Bajo.

Nos quedó el sentimiento de no poder visitar la venerable ciudad de Jaca y su próximo monasterio de San Juan de la Peña que guarda los restos de aquel ermitaño que se llamo Juan de Altarés, tan famoso por la santidad de su vida como por los hechos a que dio lugar su muerte; pues con motivo de ella—refiere la historia—se reunieron en la gruta que habitó el santo

muchos y muy significados guerreros y nobles señores de Aragón y Navarra quienes—a imitación de lo que poco antes habían hecho los astures en Covadonga—acordaron alzarse en armas contra los árabes, que también dominaban en esta región; y con tanta fortuna pelearon que con las tierras reconquistadas fundaron el pequeño reino de Sobrarbe con su capital Jaca, origen de la monarquía navarro-aragonesa, como Cangas de Onís lo fué del reino asturiano leonés. De seguro que esta expedición nos hubiera permitido vivir la vida intensa de los grandes recuerdos históricos que son los que más avivan, engrandecen y purifican el sentimiento patrio. Pero, «el hombre propone y... *las pesetas disponen*».

Todo tiene, sin embargo, su compensación en la vida: y a cambio de los goces que hubiéramos experimentado en aquella excursión, tuvimos el placer de pasar en Huesca unas horas agradabilísimas en compañía de una respetable y muy discreta dama y de su esposo, cumplido caballero, cultísimo y de amena conversación; dignos progenitores, así por su talento como por el concepto que tienen de la vida, de la distinguida profesora que con tanto prestigio lleva los apellidos de Sánchez Arbós.

Y de nuevo a tomar el tren, para desandar lo andado hasta Tardienta, en cuya estación transbordamos a otro que nos condujo a Barcelona, después de haber recorrido cerca de seis mil kilómetros durante mes y medio

Tras otro breve descanso en la Ciudad Condal, que sirvió de alivio a nuestros cuerpos fatigados y de alegría a mi espíritu siempre ansioso de amor filial, volvimos a reanudar nuestras correrías, ahora por tierras catalanas.

Nuestra primera excursión fué a *Montserrat*. Por el ferrocarril de Barcelona a Bilbao, que recorre la fértilísima comarca de «El Vallés» en la que se admiran, al paso, las populosas y ricas ciudades de Sabadell y Tarrasa, emporios de la industria textil, llegamos a la estación de Monistrol, de donde parte el ferrocarril de cremallera a Montserrat.

Descendimos del majestuoso tren de vagones larguísimos arrastrados por potente locomotora que había de continuar su viaje hasta la capital vizcaina y transbordamos a otro, de máquina y coches diminutos—como si fuera un tren de juguete—que nos condujera a Montserrat, cuyas escarpadas montañas, de muy singular configuración, apenas distinguíamos por estar esfumadas entre brumas y envueltas sus altas crestas entre nubes, como si nos dieran a entender que teníamos que ascender hasta cerca del cielo, porque allá, en aquellas alturas, se rinde veneración y culto a la Virgen María, bajo la advocación de «Nuestra Señora de Montserrat».

Y al contemplar aquel tren tan lindo y tan cómodo, con ruedas y vías de engranaje, que había de trasladarnos a tan elevadas cumbres, ¡cuánto nos acordamos de Tenerife, con qué emoción evocamos el Teide y con qué pena comparábamos los esfuerzos, siempre reproductivos, que realizan los catalanes para fomentar el turismo en aquella región, explotando las bellezas naturales que en ella se encierran, con las dificultades con que aquí se tropiezan para estudiar y contemplar los encantos que tan pródigamente concedió la Naturaleza a estas islas!

Quien haya recorrido, como nosotros, aquella es-

peluznante línea férrea de Asturias, o esta otra de Monistrol a Montserrat, habrá pensado, si es canario, que Tenerife tiene una cordillera de montañas más atractiva y más emocionante y majestuosa que aquellas; tal vez con inmensos veneros de riqueza en su seno, desconocidos por inexplorados: y que si en la cumbre del Teide no se levanta un santuario donde se venere la imagen de la Virgen, tiene, en cambio, el templo incomparable del Volcán que proclama, mejor que ninguno otro, la omnipotencia de Dios.

Confieso mi ignorancia en ingeniería y en materias económicas: pero, por lo que he visto y observado en otras partes, pienso, por deducción, que sería obra patriótica y tal vez reproductiva construir un pequeño ferrocarril eléctrico de cremallera,—a base de los cada vez más frecuentes y más abundantes alumbramientos de aguas—desde la Orotava o Icod hasta las «Cañadas», que facilitase la explotación de esa misteriosa cordillera y favoreciese el turismo de nacionales y extranjeros; pues unos y otros se convertirían en voceros de las excelencias de esta privilegiada isla... Y perdonad esta digresión en gracia a la nobleza de sentimientos que la inspira.

Desde la estación el *tren juguete* va circundando un delicioso valle de lindos caseríos, esparcidos, aquí y allá, como pinceladas de vivos colores, sobre un campo siempre verde y florido. Deja atrás la pintoresca villa de Monistrol y comienza su ascensión, lentamente, por las faldas de aquella ingente mole de cuarzo que ya se presenta a nuestra vista en toda su imponente grandiosidad. A nuestros pies se suceden, unos tras otros, abismos espantosos; sobre nuestras cabezas se yerguen, amenazadoras, esqueléticas rocas que observadas desde el tren semejan seres fantásticos—gigantes encantados o animales mitológicos—como si fueran

guardianes de los tesoros escondidos en aquella montaña.

Al fin, el tren, jadeante de la penosa ascensión que dura hora y cuarto, se detiene, en medio de un laberinto de sierras, al pie del célebre santuario. Es bellísimo, sobre toda ponderación, el variado panorama que se divisa desde aquellas alturas. ¡Nos hallábamos en la cumbre de la célebre montaña, inexpugnable baluarte de la fé y del patriotismo de los catalanes, que nunca pudieron destruir ni los enemigos de la Religión ni el titánico esfuerzo de las huestes napoleónicas, derrotadas en los desfiladeros del *Bruch* por los valientes *somatenes* que ofrendaron a la Virgen de Montserrat su gloriosísima bandera.

La animación que se advierte en Monserrat durante el verano contrasta con el silencio que observamos en Covadonga. En Montserrat se cuentan por miles los veraneantes. Los trenes llegan repletos de viajeros y en las hospederías, todas de aspecto conventual, no se encuentra una celda desocupada. Nos hubiera sido difícil hallar alojamiento para pasar allí la noche. En una de esas hospederías, rotuladas con nombres de vírgenes y de santos, visitamos a la distinguida familia del renombrado editor barcelonés Sr. Ruiz Romero; y sus simpáticas hijas nos concedieron el honor de servirnos de guías en nuestra visita a la monumental Basílica en la que, después de rendir nuestros homenajes a la imagen de la Virgen, visitamos el valioso Museo donde se hallan expuestos los tesoros que los catalanes han ofrendado a su excelsa patrona. Rápidamente recorrimos, también, los sitios más pintorescos de la montaña para visitar las innumerables capillas edificadas en los mismos lugares donde santos eremitas pasaron la vida consagrados a la penitencia

y la oración; y los artísticos monumentos que conmemoran los *Misterios del Rosario*. Y, en fin, nos deleitamos con la contemplación del grandioso monumento a los Héroes del Bruch, y del atrevido funicular que desde la plaza de la Basílica sube, casi verticalmente, hasta la más alta cumbre donde se levanta una modesta capilla dedicada a San Jerónimo.

Nos despedimos de aquellos buenos amigos que tan atentos se mostraron con nosotros, y en el funicular de las 7 de la tarde descendimos de Montserrat con el alma henchida de agradables emociones. En Monistrol tomamos el tren en que regresamos a Barcelona.

En nuestro itinerario figuraba la visita a la gloriosa e inmortal Gerona, émula de Zaragoza por su patriotismo y como ella tres veces invencibles.

En la estación de la línea de Francia tomamos un tren que en poco más de tres horas nos trasladó a la histórica ciudad que bañan el Ter y el Oñar. Su aspecto es muy pintoresco: la parte antigua de la ciudad, de típicos y señoriales monumentos y palacios enclavados en calles tortuosas y estrechas, muchas de ellas con antiquísimos soportales y escalinatas que ponen a prueba la resistencia de pulmones, contrasta con el trazado y construcciones del Ensanche, situado a la derecha del Oñar, orillado, por la izquierda, de vetustas viviendas que convierten al río en una especie de canal

veneciano, con la única diferencia de que éste apenas tiene agua durante el verano y carece de elegantes mansiones en sus orillas y de góndolas que surquen el río.

Del muy ilustre Vicario Capitular de la Diócesis de Tenerife y de otros distinguidos amigos de La Laguna llevábamos la honrosa misión de saludar al canónigo de la Catedral gerundense Doctor Rotger que tantas simpatías supo conquistarse en Canarias por su caballerosidad, inteligencia y virtudes singulares.

Por uno de los servidores del Palacio Episcopal nos hicimos anunciar a dicho señor y, a poco, nos hallábamos conversando con una persona tan entusiasta de Tenerife, que dudo haya otra como este ilustre balear que ha llegado a fundar en Gerona una revista literaria, titulada *El Teide*, con el patriótico empeño de dar a conocer en aquella provincia las bellezas de esta isla y los valores espirituales que contiene; y con el de mantener, entre la reducida colonia canaria allí residente, siempre vivo el fuego sagrado del amor a estas peñas.

El Sr. Rotger, agradecido a nuestra visita, no se separó de nosotros durante nuestra estancia en Gerona y haciendo, en obsequio nuestro, un alto en sus múltiples ocupaciones, nos acompañó a la antiquísima Catedral que mandó construir Carlo Magno, allá por el siglo IX. En ella pudimos admirar no solo la grandiosidad de sus naves, la suntuosa puerta románica y el bellissimo claustro, si que también las valiosas joyas que posee este templo, entre las que se destacan, por su mérito, el admirable retablo románico de plata repujada con profusión de esmaltes y piedras preciosas, obra única en Europa, al decir de los inteligentes; varias cruces procesionales del mismo estilo;

custodias y vasos sagrados de gran valor y un deshilachado tapiz que representa la Creación y por el cual, según nos afirmaron, han llegado a ofrecer al Cabildo la fabulosa cantidad de *cuatro millones de pesetas*; y aunque nos parecieron muchos millones tuvimos que convenir en que habrá de tener un excepcional mérito; como dicen que le tiene otro que vimos en la Catedral de Burgos, perteneciente a la soberbia colección que posee aquella Iglesia Metropolitana.

Visitamos a continuación la histórica iglesia de San Pedro de Gallinás, del más puro estilo románico. En sus admirables Claustros se halla instalado el Museo provincial donde se conservan obras de mucho mérito y gloriosos recuerdos de los *Sitios*, de los que está llena la ciudad inmortal.

La amabilidad de nuestro amigo llegó al extremo de ofrecernos un banquete en el hotel de los Italianos, en el que si no hubo discursos hubo plétora de franca cordialidad y constantes y cariñosos recuerdos para esta isla y para los laguneros. Antes de separarnos nos rogó escribiéramos unas líneas en un album que al efecto había llevado. Yo salí del compromiso como pude; pero mi compañero Manrique escribió uno de sus más hermosos sonetos que al leerle el Sr. Rotger no pudo evitar la emoción que le embargaba.

Nos despedimos de aquel ilustre sacerdote que en la lejana tierra catalana evoca con verdadera pasión los encantos de estas peñas; de la misma manera que yo—aparte modestia—los ensalzaba ante los alumnos en mi cátedra de Historia, de Barcelona, por lo que me llegaron a creer canario; y como los evocaba mi mujer en una conferencia que dió en enero de 1923, ante numerosa y distinguida concurrencia, en la célebre Universidad de Cataluña.

En cambio—aunque os parezca increíble—allí, en Barcelona, vivía entre nimbos de gloria muy merecida una elevada personalidad política y literaria *cuyo espíritu había sido modelado con el barro de estas peñas*—según acertada expresión del elocuente orador y excelente dramaturgo Sr. Cabrera Cruz—que nunca tuvo un recuerdo cariñoso para esta madre que le dió el ser. ¿No creéis, señores, que la observación de tales contrastes se presta a un curioso estudio de Psicología comparada?

Nosotros que, en cuantas ocasiones nos ha deparado la suerte, hemos procurado difundir, dentro de nuestros medios profesionales, el conocimiento de esta región, por entender que es un deber de justicia proclamar ante las demás regiones españolas vuestro nobilísimo abolengo y la hermosura de vuestro cielo y la fertilidad de vuestra Tierra, también aquí, en Canarias, nos consideramos obligados a estrechar los lazos de cariño con el resto de España mediante la enumeración sincera y desapasionada de los distintos valores que sobresalen en las diferentes provincias; por que habeis de pensar que sus progresos en la industria, en el comercio, en la ciencia y en el arte son vuestros; como lo son sus victorias y sus desastres, sus aciertos y sus caídas: de la misma manera que son de ellas vuestras alegrías y tristezas, vuestros adelantos, vuestras glorias y las bellezas de vuestro cielo y vuestro suelo; ya que, isleños de Canarias o Baleares y peninsulares de cualquiera región, juntos hemos de gozar y sufrir los placeres y las amarguras que tenga la nación que a todos nos cobija y nos da nombre, la noble madre España...

Tanto a la ida como al regreso del viaje a Gerona nuestra vista se deleitó en la contemplación de campos bien cultivados, de bosques inmensos de alcornoques

(base de la importante industria corcho-taponera de esta provincia) y de extensos pinares de troncos san-
grantes cual si fueran descendientes de vuestros dragos
milenarios.



Otro corto descanso en Barcelona que aprovecha-
mos en visitar algunos de sus hermosos alrededores—
de los que os hablaré en la siguiente conferencia—, y
vuelta a tomar el tren en la estación del monumental
Paseo de Gracia.

Esta vez, la última de nuestras excursiones, el
rápido de Barcelona a Valencia nos trasladó a Tarra-
gona, siguiendo la costa de Garraf—*la costa brava*—,
en la que alternan las playas de finísima arena con los
imponentes acantilados donde se estrellan rugientes las
olas.

Durante el trayecto fuimos en la plataforma pos-
terior del último vagón del tren y desde ella vimos pasar,
delante de nuestros ojos, nuevos paisajes pletóricos de
color y de luz, ingentes montañas que el tren atrave-
saba velozmente, pintorescos pueblecitos y ciudades
tan populosas y bellas como Villanueva y Geltrú afa-
mada por sus fábricas de hilados, de aguardientes, de
artículos de goma y de aceros; y encantadoras villas,
entre los que merece especial mención la pulcra Sitges
—*la San Sebastián catalana*— con su aristocrática
playa, su limpísima población y sus elegantes *chalés*
entre los que descuella el de «Cau Ferrat», notabilísimo
Museo del eminente dramaturgo, crítico, naturalista,

anticuario, músico y pintor, todo en una pieza, Santiago Rusiñol. Y por si algo faltara a Sitges para reunir todas las exquisiteces del Arte y todos los encantos de la Naturaleza posee un campo feracísimo donde se cosecha el famoso vino de «malvasía» que solo tiene rival en el «lágrima Christi» que se obtiene de los viñedos de las faldas del Vesubio, o en el que se cosecha en algunas zonas de la región norte de esta isla.

Las nubes nos aguaron el viaje a la vetusta *Tarrago*, imperial ciudad que se yergue altiva, cual una reina en su trono, sobre un montículo rocoso que le sirve de base, y a la que rinde homenaje, besando humildemente sus pies, aquél Mediterráneo de que os hablé, lazo de todas las antiguas civilizaciones.

Al descender del tren llovía torrencialmente; y como en nuestras torpes observaciones meteorológicas no viéramos indicios de bonanza atmosférica, tuvimos que optar entre permanecer cobijados en la estación por tiempo indefinido o afrontar el aguacero, aunque nos calásemos hasta los huesos. ¿Y quién dijo miedo? Mi compañero Manrique se enfundó en su impermeable gabardina y yo en mi transparente guardapolvo convertido, al momento, en un original traje de baño, y comenzamos la ascensión por una monumental escalera de piedra, de más de doscientos peldaños, que desde la estación conduce a la meseta donde se asienta la población. Al llegar a ella nos encontramos en un magnífico *boulevard*—«El Balcón del Mediterráneo»—adornado con profusión de árboles tropicales, en cuyo centro se levanta la estatua de Roger de Flor.

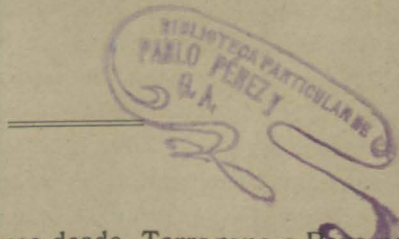
Con resignación estóica aguantamos la lluvia mientras contemplábamos el soberbio panorama que desde aquel sitio se domina. A nuestros pies el hormigueante movimiento de la estación y del puerto; a

nuestro frente la inmensidad del mar, entonces casi oculto a nuestra vista por tupido celaje; a la izquierda los acantilados de la costa alternados con playas de finísima arena que recortan sus variadas siluetas; a la derecha el famoso campo de Tarragona, siempre verde y florido, matizado de casas de labor— «masías»— y «villas» de recreo; y cerrado al fondo por abruptas sierras en cuyos valles y faldas crecen lozanos el olivo y la vid que son la principal riqueza agrícola de esta provincia.

Sin parar mientes en lo que pudieran decir del lastimoso estado de nuestra estafalaria indumentaria; cobijándonos, unas veces, en cualquier zaguán, cuando arreciaba el chubasco, o deslizándonos, otras, junto a las paredes de los edificios, para que los aleros nos resguardasen de la lluvia, nos internamos en la población que conserva, como ninguna otra, las huellas de la grandeza del imperio romano y aún de otras razas anteriores que en ella vivieron. En esta forma llegamos hasta la catedral. Hubiera sido vano intento, con aquel tiempo, sacar una fotografía de la majestuosa fachada de este templo que responda al estilo de transición del románico al gótico. El interior es severo y el retablo del altar mayor una obra maravillosa de arte. Contiene, también, un magnífico Museo de antigüedades.

Poco después de visitar la Catedral cesó la lluvia y el sol lució con todo su esplendor. Estábamos contentos; porque podríamos contemplar, a gusto, las antiquísimas murallas. Las recorrimos en toda su extensión; y aseguramos que son de imponente grandiosidad. Tal vez por esto la imaginación popular atribuyó su construcción a seres sobrenaturales— a los Cíclopes, dirigidos por Hércules; y de aquí la denomi-

nación de «Ciclópeas», con que se las conoce—. Lo cierto es, que cualquiera que las contemple tiene que preguntarse qué clase de gentes serían aquellas que realizaron tan asombrosa obra con los primitivos y deficientes medios de que disponían para la construcción; qué raza sería aquella que, con instrumentos tan toscos, pudo colocar, a la altura de 7 y 8 metros inmensos bloques de piedra, algunos de 5 metros de longitud por 3 de grueso, como los que forman la jamba y el dintel de la llamada «Puerta Ciclópea», y tantas otras. Los cubos y las torres cuadrangulares, como la de Pilatos, la del Arzobispo y la que fué Palacio de Augusto, son imponentes baluartes que forman parte de las murallas, aunque su construcción acusa marcadamente el estilo romano. Fuera de ellas, desde la parte norte, se domina un hermoso paisaje del que se destacan el colosal Acueducto romano formado por doble hilera de arcos superpuestos, las ruinas de las Termas de Adriano y, más allá, la Torre de los Escipiones y el notable Arco de Bará, restos gloriosos de aquella época en que Tarragona fué la segunda capital del Imperio romano.



El tren nos conduce desde Tarragona a Reus por entre feracísimos campos donde los bosques de olivos y nogales alternan con toda clase de árboles frutales —manzanos, perales, ciruelos, melocotoneros, naranjos y limoneros— en tanta profusión y lozanía que todo el trayecto parece una inmensa huerta.

Reus es la segunda población de Cataluña, así por el número de sus habitantes como por su importancia fabril y comercial. Es tal la abundancia y la excelente calidad de los aceites y vinos de esta comarca que hubo un tiempo en que los de Reus fijaban los precios para toda Europa en las *Lonjas* de París y Londres. De entonces debe originarse esta frase que se atribuye a los reusenses cuando pretenden clasificar, en orden a su importancia, las tres principales poblaciones de Europa: «Reus, París y Londres», dicen ellos. Y, aunque haya mucho de hipérbole, bien puede dispensárseles tamaña exageración, en gracia al fervoroso amor que profesan a su patria chica y a la innegable riqueza de esta población, en cuyos alrededores se cuentan por cientos las altas chimeneas de sus fábricas y dentro de ella, también por cientos, los grandes almacenes de productos del país.

Cuenta Reus con importantes edificios modernos, con amplias calles y hermosos paseos. En el centro de una gran plaza se levanta sobre artístico pedestal la estatua ecuestre del héroe de los Castillejos, ilustre hijo de esta ciudad: y entre sus notables edificios merecen especial mención el Banco Fábregas, el Instituto, los magníficos Grupos escolares y el «Manicomio Pedro Mata» que pasa por ser el mejor de España.

Con ser muchos los centros de cultura que tiene Reus, ninguno tan notable y simpático como el «Centro de Lectura», Gratísima, en extremo, fué la impresión que sacó vuestro poeta de la visita a esta Sociedad cultural que yo conocía por haber tenido el honor de acompañar, hace cuatro años, al inolvidable Rector que fué de la Universidad de Barcelona, Marqués de Carulla, en su visita a los Centros de Enseñanza de Reus.

Solo os diré que el edificio donde está instalado el

referido Centro es suntuoso. En sus numerosas clases, espléndidamente decoradas y con abundante y selecto material, reciben durante el día y parte de la noche enseñanzas generales, profesionales y artísticas—a cargo de profesores especializados en las distintas materias—cientos de alumnos de ambos sexos, por el módico estipendio de tres pesetas al mes, por cada grupo de enseñanzas. Y, en fin, cuenta este Centro con un lindísimo teatro que sirve de escuela del arte dramático y lírico catalán.

Desde esta población, última señalada en nuestro itinerario, regresamos a la Ciudad Condal; pero la visita a Barcelona nos proporcionó tan intensas y múltiples emociones, a causa de la variedad de facetas que presenta, todas ellas con particularísimos destellos de luz, que bien merece dediquemos una conferencia para daros a conocer las impresiones que en ella recibimos.

CONFERENCIA TERCERA

DADA EL 22 DE NOVIEMBRE DE 1924

(SE PROYECTARON 45 CLICHÉS, OBTENIDOS POR EL SEÑOR MANRIQUE)



BARCELONA

SEÑORAS Y SEÑORES:

En la anterior conferencia me lamentaba de no poder corresponder, por lo pobre y menguado de mis luces, al honor que me dispensáis acudiendo a escuchar con tanta paciencia mis poco amenas impresiones de viaje. No solicitaré de nuevo vuestra indulgencia porque esta me la habéis otorgado hasta con exceso: pero sí cúpleme repetiros incesantemente las gracias para mostrarme atento a vuestra generosidad.

Inauguramos estas conferencias el 11 del pasado mes y he de repetiros que no presidió a nuestro empeño más que una finalidad patriótica: la de dar a conocer entre los alumnos normalistas los encantos naturales y las bellezas artísticas en cuya contemplación nos hemos deleitado el poeta Manrique y yo en nuestra reciente excursión por las regiones del

Norte de España, tan hermosas y progresivas como lo son, sin duda, las restantes provincias españolas que, por falta de tiempo y de medios, no nos fué posible visitar en esta ocasión.

Las manifestaciones de simpatía que recibimos de vosotros en la primera conferencia nos empujaron hacia adelante y nos obligaron a no cejar en la noble demanda que nos hicísteis hasta no terminar la descripción de las poblaciones visitadas.

Con la de hoy pondremos fin a nuestras conferencias. Y nos ha parecido que el mejor broche con que pudiéramos cerrarlas habrá de ser la descripción de la Metrópoli mediterránea, de esa ciudad cosmopolita que, al decir de Cervantes, es asiento de toda hidalguía y de toda gentileza.

El que en Barcelona germinen, de vez en cuando, ideas disolventes que tenemos que combatir—como leal y caballerosamente lo hice desde mi cátedra de Historia, de la Normal de Maestros de la Ciudad Condal—los que proclamamos como dogma la unidad histórica de España; el que yo no admita ni pueda admitir que los catalanes constituyan una raza distinta y superior a la del resto de los españoles, pues, respetando la opinión de los que admiten la existencia de diferentes razas dentro de nuestra nación, yo creo en la unidad de la raza ibérica porque así me lo ha enseñado esa Maestra de la vida que se llama Historia y así me lo confirma esa otra Ciencia, hermana suya, la Etnología; el que yo no comulgue, repito, con aquellos ideales de desintegración ni admita, tampoco, supremacías de razas dentro de España, ello no puede ser motivo ni obstáculo para rendir homenaje a tan grandiosa ciudad española, ni para que mi espíritu imparcial e independiente deje de hacer justicia

a la laboriosidad de los catalanes que, según el refrán, de las piedras sacan panes, ni para que no me descubra, respetuoso, ante las bellezas que atesora, ante su floreciente industria y su comercio y su arte y su instrucción y sus costumbres: de la misma manera que proclamé muy alto, en las anteriores conferencias, el adelanto industrial de Vizcaya, Asturias y León; y el agrícola de Castilla, Galicia y Aragón; y el comercial de Valladolid, Burgos, Vigo, La Coruña, Santander y Zaragoza...: porque ni la pasión me ciega ni lo cortés quita a lo valiente.

Es más: no diría verdad si dijese que no siento un afecto intenso por Barcelona. Yo no puedo hablar mal—¡líbrame Dios de tamaña ingratitud!—de aquellos buenos catalanes que, en los ocho años que con ellos conviví, me honraron con sincera amistad y me otorgaron atenciones inmerecidas. ¿Cómo olvidarme de los queridos compañeros de Claustro que, siendo catalanes en su mayoría, depositaron en mí—en un castellá—toda su confianza y de quienes conservo, comopreciado tesoro, una valiosa manifestación del afecto que me dispensaron? ¿Cómo no he de recordar con emoción a Barcelona si en ella viven mis hijos y en una de sus inmensas acrópolis reposan los restos mortales de los que me dieron el ser? ¿Cómo no he de sentir cariño por aquella ciudad en la que he vivido, durante ocho años, la vida más intensa y en la que conservo amigos verdaderos?

Lo que sí lamento es que entre tantos buenos y sensatos catalanes que, sin olvidar el culto fervoroso a su lengua, a sus costumbres y a sus tradiciones, tienen a orgullo llamarse catalanes y españoles, haya «un núcleo de desdichados que no haya acertado a comprender la grandeza de España»: porque, para mí

el amor a la Patria grande no puede ser en menoscabo del amor a la Patria chica, a la encantada región fecundada y santificada con las lágrimas de la bendita mujer que nos diera el ser; ya que no comprendo cómo haya ni pueda haber oposición entre uno y otro sentimiento.

Y porque así lo siento, así lo expuse—con la autoridad que me daba la representación que llevé del Excmo. Sr. Rector de aquella Universidad—en la Fiesta de Cultura que en Junio de 1919 celebraron solemnemente las Escuelas Francesas de Barcelona en el gran teatro de Novedades. En aquel acto procuré demostrar, si no con elocuencia a lo menos con la ruda franqueza que nos distingue a los castellanos, las armonías entre aquellos dos amores, glosando el hermoso pensamiento de Felibres: «Amo a mi aldea más que a tu aldea; a mi ciudad, más que a tu ciudad; a mi región, más que a tu región; a Francia, más que a todo».

Expuestos con sinceridad estos sentimientos que anidan en mi alma, intentaré describiros, como pueda, la impresión que nos produjo, a Manrique y a mí, la vida y el espíritu de Barcelona. Y aunque es imposible, dentro de los reducidos límites de una conferencia, presentaros una y otro en toda su grandeza procuraré dároslo a conocer en algunos de sus múltiples aspectos, para que por ellos adivinéis lo que por falta de tiempo habré de omitir y callar.



Barcelona inicia su apogeo de grandeza actual en la Exposición Universal de 1888. La Ciudad de los

Condes «aspiraba a ocupar un puesto de honor, siquiera fuese modesto, en las manifestaciones universales de la actividad y del progreso humano»—según frase del gran patriota Rius y Taulet—y ciertamente que lo consiguió. Desde entonces la ciudad del trabajo lo es, también, de la alegría y del contento del vivir. Como los pueblos llenos de juventud y de vida, el pueblo barcelonés es constante forjador de atrevidos proyectos, de utopías, de quiméricas ilusiones, de aspiraciones imposibles; pero estas quimeras y estas rebeldías lejos de debilitarle le fortalecen, le agigantan y le engrandecen.

La impresión que produce al viajero esta hermosa ciudad es en extremo agradable. Contemplada en sus mañanas de sol parece *la ciudad alegre* bañada con los esplendores de la luz de su cielo y perfumada con la fragancia de las flores de su tierra. Observada en sus noches es como si las estrellas del firmamento hubieran descendido en forma de potentes focos y diademas refulgentes sobre esta ciudad que parece creada, por un capricho humorístico de poeta, en un mundo de sueño en que todo fuese hermoso, sorprendente, feliz, aéreo; en que nada quedase de las tristes y feas cosas que son reales: porque en Barcelona las tristezas, los desalientos, los pesimismo, si en un momento aparecen, pronto mueren ahogados por el himno triunfal de la vida.

El que por vez primera visita Barcelona se encuentra aturdido por el inestinguible terremoto que producen sus máquinas, sus dinamos, sus trasportes y sus muchedumbres. Abre desmesuradamente los ojos, forzados por el asombro, para contémpar tanta grandeza y no ve nada: los ojos no tienen tiempo para satisfacerse. Confía en salvar las dificultades del paso

en las calles de mayor circulación y se encuentra con frecuencia en medio del peligro. Pretende conservar la serenidad de ánimo y manifiesta un aturdimiento infantil. El provinciano que visita por vez primera Barcelona se encuentra *descentrado* y, en los primeros días, siente la nostalgia de la paz de su aldea. Le trastorna aquel *maremagnum* de la inmensa ciudad. Pero cuando llega a gustar sus bellezas, cuando se va penetrando de lo íntimo de su ser, cuando, pasados los primeros momentos de asombro, la contempla y estudia con serenidad ¡qué hermosa, que atractiva y que agradable le resulta Barcelona!

Son tantos y tan diversos sus encantos, que el viajero no acierta a definirlos ni clasificarlos. Me limitaré, pues, a mencionar los más salientes.

EL PUERTO. El viaje desde Canarias a Barcelona le realizamos por mar, como se dijo en la primera conferencia. Después de la escala que el «Reina Victoria Eugenia» hizo en Cádiz, continuó la marcha por el Estrecho durante cuya travesía todo buen español no puede evitar la impresión de dolor que le causa ver flotar provocadoramente el pabellón inglés en lo alto del Peñón de Gibraltar. Al fin *aquella bofetada se pierde de vista* —aunque no puede olvidarse— cuando se penetra en el Mediterráneo y los ojos se consuelan acariciando primero, las blancas cumbres de Sierra Nevada y el litoral andaluz; después, las risueñas costas de Levante, hasta que el vapor se aproxima a Barcelona.

Desde mucho antes de llegar divisamos la siniestra montaña de *Montjuich*—«Monte Judío»—. Cuando el barco embocó el puerto barcelonés nos fué posible contemplar, desde cubierta, el grandioso dique de kilómetro y medio de largura que defiende al puerto de las iras del Mediterráneo; la infinidad de muelles que cortan de mil modos el mar, transformado por obra de diques y muros en un laberinto por entre el cual el barco avanza cautelosamente, guiado por la experta mano del Práctico. Ya distinguimos, entonces, el colosal monumento a Colón; la populosa barriada de pescadores «La Barceloneta», con su infinidad de balnearios; los grandes «tinglados» que bordean el mar en sus diferentes muelles; los edificios destinados a Aduana y viajeros; los diques flotantes, las gruas eléctricas, hidráulicas y de vapor; los centenares de barcos de la matrícula de Barcelona y los que de todas las naciones del mundo visitan este puerto, digno de la inmensa urbe que trás él se extiende y dilata hasta la márgen izquierda del Llobregat.

LAS CALLES. Desembarcamos en el suntuoso muelle de España; y la impresión que se experimenta al entrar en esta Babilonia moderna es de las que no pueden olvidarse nunca. Extiéndense ante nuestra vista largas y rectas avenidas orilladas de palmeras, por entre las cuales circulan miles y miles de personas y muchos centenares de vehículos de todas clases. En su recinto alberga más de un millón de habitantes. No

es una ciudad, sino una provincia cubierta de edificios. Con decir que Barcelona tiene una población tres veces mayor que la provincia de Canarias, podréis formaros una idea de la capital catalana, de la plétora de vida que habrá en ella y del movimiento asombroso en sus miles de calles y plazas. Aunque no vayáis a creer que el millón de personas que en ella viven son otros tantos seres felices. Con los vagabundos, los holgazanes, los rateros y las mujeres desgraciadas que son a la vez víctimas y azote de Barcelona se podría poblar una ciudad provinciana.

Entre sus más típicas y populares calles ocupan el primer lugar las renombradas *Ramblas*, inmensa avenida de lujosos edificios, amplio paseo central, al que dan sombra y agradable aspecto corpulentos árboles, y anchurosos arroyos laterales incesantemente recorridos por tranvías, coches, autos y carruajes de todas clases: avenida que comienza en el Puerto y termina en la populosa barriada de Gracia, con una extensión de unos cinco kilómetros. La parte más notable de las *Ramblas* es la comprendida entre el Muelle de La Paz hasta la gran Plaza de Cataluña que es la espina dorsal del casco antiguo de la población y, por eso, la más concurrida. Ya puede el viajero recorrerla en cualquier hora del día y aún de la noche, que siempre encontrará dificultades para caminar de prisa por entre aquel proceloso mar humano.

Siguen en importancia a las *Ramblas*, el aristocrático Paseo de Gracia, lleno de señoriales mansiones y lujosísimos Comercios y que ofrece admirable perspectiva desde la Plaza de Cataluña; la calle de las Cortes Catalanas de unos seis kilómetros de extensión, con monumentales edificios, plazas y paseos, que se extienden desde la Plaza de Toros llamada *Monumental*—

porque en ella caben 50.000 espectadores—hasta la de *Las Arenas*, de bonita construcción. La Gran Vía Diagonal, de mayor longitud que la anterior, con muchos edificios modernos y palacios como el de «Las Punchas», el Palacio Real y otros. En el cruce de esta calle con el Paseo de San Juan se encuentra el original monumento al gran poeta catalán Jacinto Verdaguer celebrado autor del poema *La Atlántida*. La Gran Vía Layetana, de reciente construcción, donde, entre otros muchos, se destaca el original edificio de la Caja de Ahorros y Pensiones para la Vejez. La calle de Aragón con su famosa zanja, por donde pasa el ferrocarril de Barcelona a Madrid. Las siempre concurridas de Fernando con sus innumerables joyerías y las del Pelayo, Hospital, Carmen y Rondas de San Antonio y S. Pedro llenas de grandes Almacenes y fastuosos Comercios. Y, para no citar más, la renombrada calle del Marqués del Duero, vulgarmente «El Paralelo», centro de la vida alegre de Barcelona, con amplios cafés y teatros, e infinito número de bares, musi-halls, cabarés y muchos otros centros de expansión donde se congrega la gente del buen humor y de no muy sanas costumbres.

Pero de este sitio—el *Montmatre* barcelonés—es mejor no hablar, porque hay en el algo, y aún mucho, que huele a podrido.

MONUMENTOS Y PALACIOS. Ninguno puede disputar el puesto de honor a la magnífica catedral gótica, de caladas torres y severo trazado, en cuyo interior

se encuentra la cripta de Sta. Eulalia, patrona de Barcelona; como, tampoco, el segundo lugar, a la Iglesia de Sta María del Mar, hermoso ejemplar del siglo 14, con airosa torre octogonal y bellísimos rose-tones; ni el tercero, a Ntra. Sra. de Belén, de estilo barroco, con suntuosa decoración en el interior y espléndida fachada que embellece la Rambla de los Estudios.

Párrafo aparte merece el famoso templo, en construcción, de *La Sagrada Familia*, que aspira a ser la nueva catedral de la ciudad moderna... allá por el año tres mil, a juzgar por *la rapidez* con que se ejecutan las obras. Por lo ya construído—que no representa la quinta parte de lo que falta por construir, según el proyecto—bien se adivina que será de proporciones gigantescas. ¡Hay que descubrirse ante el genio de Gaudí, arquitecto de esta obra y de otras varias tan extraordinarias como ésta! Aunque no faltan artistas notables y críticos eminentes que no comparten los entusiasmos de los incondicionales de Gaudí, para los cuales este monumento representa la expresión suprema del Arte, de la belleza y de la originalidad. Los críticos sostienen que el citado Templo no responde a ningún estilo; precisamente porque es una mezcla de todos los consagrados, con la agregación de los que ha imaginado el genio de Gaudí; y de este eclecticismo no puede resultar una obra soberanamente bella, como lo son las portentosas catedrales de Burgos, León, Santiago, Toledo y Sevilla.

Vuestro poeta y yo admiramos el estilo vasco, sobrio y severo, que responde perfectamente a un pensamiento, a una unidad en la forma y a una idea predominante en el conjunto, como responden la mayoría de las construcciones que se contemplan en Cataluña;

pero esa arquitectura modernísima—que se ha dado en llamar *catalana* aunque pocas veces se encuentra fuera de Barcelona; pongo por ejemplo, la mole de piedra que se levanta en el Paseo de Gracia, chaflán con la calle de Provenza, y que el pueblo con su natural ingenio y acerada crítica ha bautizado con la apropiada denominación de *la Casa de los agujeros* obra originalísima del gran Gaudí—arquitectura que no responde a un determinado ideal, ya que ni es el pagano que presidió en la de Grecia y Roma, ni el cristiano que culminó en los monumentos de los siglos XIII, XIV y XV, ni aún el positivista y utilitario que predomina en la actualidad, causa la misma desorientación, la misma incompreensión que esa pintura *cubista* que en fuerza de pretender representar la naturaleza en toda su simplicidad nos conduce a la infancia del Arte. Y es que ciertos genios y algunos pueblos, por el deseo de destacar de una manera singular su personalidad para que no se confunda con la de los demás llegan a la exageración; y de la exageración al ridículo no hay más que un paso.

Por fortuna no se ha desterrado el buen gusto de la mayoría de las construcciones modernas de Barcelona; pues abundan notabilísimos edificios que han construido arquitectos tan renombrados como Puig y Cadafalc, Blay, Busquet, Terray y el ilustre director de la Escuela Superior de Arquitectura D. Luis Domenech y Montaner autor del monumental Palacio de Justicia y de otras notabilísimas construcciones de Cataluña y del resto de España.

En este género de edificaciones civiles dignos son también de mención por su antigüedad, por su belleza artística y por su historia el Palacio de la Antigua Generalidad—hoy Diputación provincial—y la Casa Ayunta-

miento, enclavados, frente a frente, en la plaza de S. Jaime; el primero con su renombrado Patio de los Naranjos y su Capilla de S. Jorge, el segundo con su magnífica e histórica Sala del Consejo de Ciento y ambos con sus fachadas laterales de estilo gótico florido.

De intento—y sin hacer mención de muchísimos otros—he dejado para lo último el nuevo Palacio Real de Barcelona que, mediante un salvo-conduto que conseguimos del Capitán General, visitamos detenidamente en compañía de una familia amiga nuestra.

¡Cómo han cambiado los tiempos! Antes, los Reyes y grandes señores tenían sus moradas lejos, muy lejos del pueblo; a veces edificadas, como los nidos de las águilas, allá, en las cumbres de las más elevadas montañas. Siendo lógico que tal alejamiento convirtiese las moradas regias en palacios misteriosos y encantados y a sus moradores en una especie de seres sobrehumanos, ya que raras veces se dejaban ver de las pobres gentes que habitaban humildes viviendas, esparcidas por el llano; y si alguna vez lo hacían, iban rodeados, como los dioses olímpicos, de la mayor pompa y esplendor.

Hoy, ya no hay Rey, ni Príncipe, ni magnate que se atreva a sostener que por sus venas corre sangre azul ¿Y cómo van a sostenerlo, si la ciencia y la experiencia les ha enseñado que el talón de Aquiles no es invulnerable, y que están formados con el mismo barro que los plebeyos? Por eso, ahora, reyes y príncipes recorren sin ostentación ni boato—como habéis visto en el viaje que el príncipe de Italia realizó a esta isla—las poblaciones y las calles; y, como cualquier ciudadano, se mezclan entre la abigarrada multitud que circula por las grandes avenidas; y no se desdeñan en visitar comercios, escuelas, hospitales, ni fábricas; ni en asistir

a las fiestas populares, ni de vivir como burgueses entre los demás ciudadanos, en medio de las grandes poblaciones. Observad, sinó: Madrid, tiene el Palacio Real en la gran plaza de Oriente, precisamente en uno de los sitios de más circulación de la coronada villa; Santander, en la popularísima playa del Sardinero; San Sebastián, en uno de los extremos de su animadísima Concha; y Barcelona, en la Gran Via Diagonal, en el modesto barrio de Pedralves, cruce de los populosos de las Corts y de Sarriá.

Por el aristocrático paseo de la Bonanova y Sarriá, llenos de suntuosas villas y palacios entre los que se cuentan los Colegios de los P. P. Jesuitas, Escolapios, Jesús y María, Hermanos de la Doctrina Cristiana y la señorial Residencia de alumnos normalistas que visitamos detenidamente, llegamos al Palacio Real de Pedralves. El edificio que es obra del notable arquitecto don José Godoy, es de un renacimiento sencillo y severo: sin torres almenadas que recuerden las antiguas del homenaje, ni cúpulas suntuosas que anuncien la majestad que mora bajo éllas. Consta de dos cuerpos: planta baja y piso principal, y sus habitaciones, incluso las destinadas a Salón del Trono, a comedores de gala y a salón de música, son demasiado modestas en su ornamentación; como lo son las dependencias particulares de los Reyes, del Príncipe y de los Infantes. No se recibe la impresión de hallarse en la Casa del Rey, sinó en la vivienda de un burgués bien acomodado y de no mucho refinamiento artístico; porque se hallan mezclados muebles de todos los estilos y de todas las épocas (Hay que hacer notar que el mobiliario de este palacio ha sido regalado por diferentes aristócratas barceloneses que han contribuido a su ornamentación con uno o varios muebles de sus

respectivos domicilios. De aquí ese abigarramiento de estilos que allí se observa).

LA MÚSICA. El gran Clavé, cuya estatua se levanta en la Rambla de Cataluña, se propuso educar al pueblo por el arte musical, el más poderoso elemento para moralizar las costumbres: y con este objeto organizó las «masas corales» que tan brillantes resultados han obtenido con el afamado Maestro Millet, director del laureado *Orfeoó Catalá*; orfeón que tiene por domicilio de su propiedad el edificio más suntuoso y artístico de cuantos hay en Barcelona; el «Palau de la Música», obra del sabio arquitecto Domenech y Montaner, de quien ya os hablé. Exterior e interiormente es este palacio un portento de arte exquisito. Su sala de Audiciones, capaz para 2.500 espectadores, como sus monumentales escaleras, tienen una estupenda decoración.

Y es tanta la afición que Clavé supo inculcar a los barceloneses por la Música, que no hay sociedad artística, por modesta que sea, que no cuente con un Orfeón y con una Sección de arte lírico: como tampoco hay romería, verbena ni fiesta de barrio o de calle sin su afamada *cobla*, típica banda de música especializada en la interpretación y ejecución de la música popular genuinamente catalana y cuyo principal tema o asunto, de rica variedad en modalidades musicales, lo constituyen las «Sardanas», el baile regional de Cataluña, abundante en ritmos, majestuoso y ceremonioso, algo parecido a la «isa» canaria; porque, como

en esta, se baila formando rueda o círculo por jóvenes de ambos sexos y hombres y mujeres de edad madura, pertenecientes a todas las clases sociales.



CULTURA. Si la campaña «pro cultura» emprendida por la Mancomunidad catalana estuviera despojada de todo prejuicio; y si la labor que realiza estuviera encauzada con la mira altísima de hacer una España grande, seguramente que obtendría la simpatía y el aplauso de cuantos se precian de ser españoles. Pero conocida la tendencia que en esa labor ha predominado hasta el año 1923; ya que al decir del pontífice del catalanismo, (ex-Presidente de la Mancomunidad, Sr. Puig y Cadafalc, muy notable arquitecto, cuyas obras son tan justamente alabadas como es discutida su actuación política) *esas empresas de cultura no las realizan friamente, por cálculo de utilidad o por frío afán de progreso; sino que preside a ellas un ideal nacionalista; o lo que es lo mismo—digo yo—de desintegración o separación de la nacionalidad española, entonces hay que confesar que esos trabajos pro cultura ya no pueden alcanzar el incondicional y fervoroso aplauso de los hombres de buena voluntad, quienes, cuando más, admirarán los esfuerzos que realiza la Mancomunidad, pero nunca aprobarán los fines que con ellos se perseguían. Y no hay duda que por esta tendencia separatista que se advertía en cuantos establecimientos de enseñanza sostiene el primero de los organismos de Cataluña, fracasaron en*

gran parte, los esfuerzos realizados para tener una Escuela primaria netamente catalana, y una Normal de Maestros catalanista y una Universidad catalana y tantos otros centros, no simplemente regionalistas (que ellos, por cuanto representan el culto a la Patria chica, a su lengua, a su arte y a su particular historia, serían loables) sino abiertamente antiespañoles.

Pero no todos los catalanes, ni muchísimo menos, simpatizan con la *hispanofobia* que imperaba hasta hace poco en un sector de la Mancomunidad; pues en el Ayuntamiento, verdadera representación del pueblo, siempre predominó un criterio más amplio y más transigente, como se observa en las Instituciones de cultura que él sostiene, subvenciona y administra.

No hablaré del Instituto de 2.^a enseñanza para la Mujer, ni de las Escuelas de Sordomudos y Ciegos, ni de la Escuela de Mar, ni de la enseñanza profesional en las escuelas de adultos, ni de los Grupos escolares Baixeras, todos ellos en armonía con los Centros oficiales y las Escuelas nacionales. Solamente os describiré una de las Escuelas de Bosque, la de Montjuich, que detenidamente visitamos Manrique y yo con ocasión de nuestra excursión a la famosa montaña, hoy transformada en inmenso y bellissimo Parque, donde habrá de celebrarse la anunciada Exposición Universal.

No podréis formaros idea exacta de la grandiosidad de este Parque porque me confieso impotente para describírosle.

Cuando fuí por vez primera a Barcelona,—ahora hace diez años—Montjuich era la montaña funesta, agreste y salvaje, llena de precipicios y peligros de toda clase, de tétrica y siniestra visión; porque en ella no había más que cuevas escondidas entre los bosques, muy a propósito para albergarse en ellas gente de mal

vivir, algunas humildísimas chozas que cobijaban miserias humanas y una sombría fortaleza, enclavada en la cumbre, y en cuyos misteriosos fosos y calabozos ha de estar escrita en sangre la historia de horripilantes dramas y tragedias.

Montaña riquísima en minerales y en plantas, pocos se atrevían a recorrerla y estudiarla; porque por sus intrincados laberintos no podía haber seguridad personal; lo prueba los crímenes que frecuentemente se cometían en élla.

Pero, ahora todo ha cambiado. Una inmensa avenida que comienza en la gran Plaza de España conduce a la monumental entrada de la Exposición, que comienza en la falda de Montjuich. Cuatro esbeltísimas columnas jónicas, que serán coronadas por Angeles de la Fama, señalan el principio del Parque; y por amplísima escalinata se llega al primer plano, donde a uno y otro lado se levantan los monumentales palacios de la Sección Española. La vista se extasía con la contemplación de las soberbias edificaciones ya terminadas, de las numerosas en construcción y con los bellísimos panoramas, cada vez más variados y bellos, que nos sorprenden a medida que se continúa ascendiendo por la transformada montaña cuyas grandes simas y oquedades se han convertido, por obra y gracia de ingenieros y arquitectos, en grandes estanques, amplios anfiteatros para toda clase de deportes y Teatros de la Naturaleza, capaces para muchos miles de espectadores. En las faldas de la montaña se ha escalonado el terreno, entre bosques naturales y jardines artificiales, formando paseos llenos de encanto y poesía. Por uno de ellos, orillado de artísticas columnas y de variedad de rosales trepadores que forman un polícromo dosel—que por esto se denomina *La Rosaleda*—, se

llega a un elegante *restaurant* situado en lugar amenísimo, donde hay varios manantiales de agua muy apreciada por los barceloneses que designan aquel bellísimo rincón de la montaña con el original nombre de «Font del Gat»—*Fuente del Gato*. Después de un breve descanso en tan agradable lugar, continuamos la ascensión—siempre entre jardines y paseos sombreados por árboles seculares—hasta llegar a la cima de la montaña donde se encuentra el paseo central, de cinco kilómetros de longitud por 25 metros de anchura. Los salientes que hay en las partes más escarpadas están convertidos, por las artísticas balaustradas que los defienden, en soberbios «miradores» que permiten contemplar los variados panoramas que desde ellos se divisan. Por un lado, el riquísimo llano de Llobregat cubierto de verdura; por el otro, la Sierra que protege a Barcelona desde San Pedro Mártir hasta Moncada, dominada por el Tibidabo; más allá, la costa de Levante en la que se ven, recortadas, muchas poblaciones; más cerca, bajo nuestros pies, la inmensa urbe con su puerto siempre rebosante de barcos y sus muelles siempre abarrotados de mercancías, unas, para que los barcos que las recojan vayan dejándolas en los distintos continentes de la tierra; otras, para que los diferentes medios de transporte terrestre las distribuyan entre todas las provincias de España y entre las incalculables industrias que palpitan por toda la ciudad Condal y sus alrededores estremeciéndose con ansias de crecimiento.

Esto, y mucho más, es la antes siniestra Montaña de Montjuich: esto, y mucho más, lo que desde ella se observa y admira. Dos veces la recorrimos Manrique y yo, y muchas más la hubiéramos visitado para saciar nuestra sed de bellezas en el manantial inagotable de Montjuich si otras atenciones y deberes nos lo hubiesen permitido.

Cuando nos encontrábamos en medio del inmenso Parque, a corta distancia de la monumental plaza de El Dante, en cuyo fondo se levanta el artístico monumento del inmortal autor de *El Paraíso Perdido*; y más cerca aún de la bellísima plaza de *Manelic*, cuya estatua se yergue altiva en el centro de un lindísimo jardín como símbolo de eterna protesta contra toda opresión, como emblema de la dignidad de la raza—pero de la raza hispana—que tantas veces mató al lobo de la tiranía y de la esclavitud, y que aún le sobran energías para estrangularle de nuevo si por acaso, intentase despedazar lo que es su esencia—sus libertades, sus costumbres y su fe religiosa—, patrimonio que heredó de sus mayores; cuando nos hallábamos, repito, en aquellos parajes de ensueño y meditación llegaron a nuestros oídos sonidos de voces argentinas y risas angelicales en tan encantadora algarabía que parecían disputar el predominio de aquel paradisiaco lugar a los miles de pajarillos que se desbordaban en divinos arpegios. Instintivamente nos aproximamos al sitio de donde salía aquella música que se nos figuraba celestial; y por entre aquel vergel de la naturaleza distinguimos multitud de cabecitas rubias y caras más frescas y sonrosadas que las flores que las rodeaban. ¡Eran los niños de las Escuelas de Bosque!

Buscamos la entrada principal y nos hicimos anunciar por el Conserje a los Maestros directores, quienes nos recibieron como lo que éramos: compañeros y antiguos amigos.

Yo quisiera que los eternos detractores de nuestra enseñanza—y de todo lo español—visitasen estas Escuelas, y las de Baixeras, y las de Mar; y las innumerables que fundara en la península el más grande de los pedagogos modernos, gloria de la Pedagogía

española, Manjón; y las de Achuri y la Concha, en Bilbao; y las de la Macarena, en Sevilla; y las de Valle-Hermoso, Reina Victoria y Jardines de la Infancia, en Madrid; y los grupos escolares de Palencia, Burgos, León, La Coruña; y los infitos más, repartidos por los pueblos del Norte, para que se diesen cuenta que no necesitamos acudir al extranjero para presentar modelos de Escuelas y Maestros: porque también nosotros tenemos Escuelas que admirar y Maestros que elogiar.

Las del incomparable parque de Montjuich fueron creadas por el Ayuntamiento a instancias del sabio catedrático y pedagogo don Hermenegildo Giner de los Ríos, de grata memoria. Para instalarlas se aprovecharon los edificios que en aquel sitio había y se construyeron los que faltaban. Entre los primeros figura un magnífico *chalet*, de estilo árabe, espléndidamente decorado en el interior, destinado a comedores, enfermería, lavabos, sala de recibir y despacho de la Directora de la Sección de niñas. En un edificio contiguo están instaladas las cocinas, con unas en miniatura donde las pequeñuelas se instruyen en todo lo concerniente al arte culinario. Mas allá, en pabellones separados, están las clases de niños y de niñas con dos secciones cada una. Produce grata impresión la sencilla y apropiada decoración que hay en ellas, el orden y la armonía del material escolar, la escrupulosa limpieza que se advierte en todos los departamentos y la alegría que allí se *respira*. En el pabellón de niños, además de las clases, se encuentran el despacho del Director de esta Sección, la biblioteca—que está a cargo de los niños—y el gabinete antropométrico, con aparatos modernísimos. Formando parte del pabellón de las clases de niñas está el Museo que se utiliza

también para sala de Música. En ella presenciamos, absortos, una lección de música rítmica; y un grupo de pequeñuelos ejecutaron, en honor nuestro y dirigidos por el profesor especial de esta asignatura, algunas canciones y juegos del reputado Maestro Llongueras. La fachada principal de este pabellón da a un gran patio de acacias en cuyo fondo se destaca un hermoso grupo escultórico que representa la misión de estas Escuelas: obra del genial artista Sr. Llimona. Y entre ambos pabellones hay otros edificios—patios cubiertos para ejercicios físicos en días de lluvia y departamentos de baños y duchas—instalados con todos los adelantos modernos.

Con ser tan espléndidos los pabellones destinados a clases, pocas veces se utilizan. La verdadera clase en estas Escuelas de Bosque es el campo. Y como el campo de ellas es un parque extenso y bien cuidado—dentro del gran Parque de Montjuich—con su parte de bosque, sus jardines, su dilatado horizonte y sus espléndidos panoramas, en él es donde se educan los doscientos niños que hay en estas Escuelas (según lo expuso, con mucho acierto y justicia, la ilustrada Directora de la Sección de niñas, en un artículo que publicó «La Esfera» en 1918).

Por eso, fuera de los días de lluvia en que se utilizan los mencionados pabellones, todas las clases se dan al aire libre, en plena naturaleza. Cada maestro auxiliar elige una pequeña plazoleta sombreada por árboles para dar las clases a los niños de su grupo. Un tablero y mesas-sillas plegables, de las que se encarga cada niño, constituyen todo el mobiliario de estas clases al aire libre. ¡Y es de ver el interés con que los niños aprenden y el contento que manifiestan en el cumplimiento de sus deberes escolares! Allí no se conoce la disciplina rigorista ni la enseñanza

rutinaria. Los niños trabajan con gusto y placer, porque aquellos maestros saben convertirse, también, en niños e inspirar una plena confianza a sus discípulos mediante el afecto, la dulzura y la bondad con que los tratan. Maestros y discípulos constituyen una familia bien avenida: y ni los unos ni los otros sienten impacencias por dejar aquel hogar que han formado con los mútuos afectos; antes por lo contrario, cuando el Reglamento obliga a un niño a salir de la Escuela por haber cumplido la edad se apresura a formar parte de la «Asociación de antiguos Alumnos», para visitar con frecuencia aquellas Escuelas y recordar con sus compañeros los días felices que en ellas pasó cobijado en su maternal regazo.

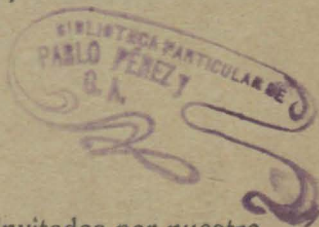
Agregad a esto que todo en estas Escuelas es completamente gratuito para los niños que permanecen en ellas durante siete años recibiendo completa educación del alma y del cuerpo: enseñanza moral, científica y artística; comida sana y abundante y, sobre todo, aire puro, agua limpia, luz del sol y juego sano y libre que en tanta abundancia proporciona aquel hermosísimo parque.

Una comisión del Ayuntamiento barcelonés es la encargada de la inspección y buen régimen administrativo de estas Escuelas que están dirigidas actualmente por una mujer de gran valer, ex-profesora numeraria de Escuelas Normales y Maestra nacional de Barcelona, doña Rosa Sensat, y por un cultísimo castellano, también Maestro nacional de la Ciudad Condal, tan sencillo y modesto como inteligente y laborioso, don Antolín Monroy, ambos secundados con mucho acierto y buena voluntad por excelentes Maestros auxiliares y Profesores especiales.

Llena el alma de gratas emociones salimos del Parque de Montjuich y comenzamos el descenso de

la montaña. A la vista de la inmensa ciudad que se extendía en el llano, envuelta entre las penumbras de la noche, no pudimos menos de pensar en la diferencia entre aquellas escuelas que acabábamos de visitar y las que en el centro de la población llevan el pomposo nombre de Nacionales: escuelas instaladas, generalmente, en casas de vecindad, a veces insalubres y mal orientadas; con locales reducidos donde los niños están encerrados entre cuatro paredes, prensados, inmóviles, tristes, pálidos, anémicos; sin aire puro que respirar, ni sol que ver, ni jardín que cultivar, ni campo donde correr. ¡Pobres niños y pobres maestros los que se ven obligados a pasar parte de su vida en tales locales que tanto abundan, por desgracia, en las grandes poblaciones!

Y no os hablaré de otros aspectos de la enseñanza en Barcelona; porque, aun conociéndolos, no creo sea esta la ocasión oportuna de exponer aquí mi opinión; por eso me he limitado a la 1.^a enseñanza, que es la que, por nuestra profesión, más nos interesa. Pero sí afirmo que mientras sea Rector de aquel Distrito universitario el eminente pediatra, gloria legítima de la Medicina española, Excmo. Sr. Dr. D. Andrés Martínez Vargas, en cuyo nobilísimo corazón resplandecen los dos más delicados sentimientos—el del amor al niño y el del amor a la Patria—, la enseñanza en Cataluña estará exenta de doctrinas perniciosas a la unidad de España.



EXCURSIONES. Galantemente invitados por nuestro amigo el Profesor de Caligrafía de aquel Instituto, nos

dirigimos por el Paseo de Gracia y Avenida de la República Argentina hasta la aristocrática Avenida del Tibidabo, en la que se levantan cientos de hermosos palacios y quintas de recreo. Un tren funicular nos trasladó a la cima del ponderado monte que tiene unos 500 metros sobre el nivel del mar y está a una distancia de 25 minutos en tranvía desde el Centro de Barcelona. Es maravillosa la vista que desde allí ofrece la inmensa ciudad, el mar y las montañas. Comprenderéis que en un lugar tan pintoresco no han de faltar diversas atracciones, muchas para recibir emociones intensas: grutas mágicas con sorprendentes efectos de luz; ferrocarriles aéreos que pasan por entre espantosos precipicios; una grúa monumental, «la Atalaya», cuyos brazos de 50 metros nos elevan, como si viajáramos en aeroplano, sobre todos los edificios del Tibidabo, con el santo propósito de que los que subimos en ella conozcamos lo que es el vértigo de las alturas; museos; exposiciones; ¡qué se yo! En la principal terraza se encuentran varios *restaurants* y el Gran Hotel, en el que nuestro compañero nos obsequió con espléndida comida. Corona lo alto de la montaña un suntuoso templo dedicado al Corazón de Jesús. A pocos pasos de la cúspide se levanta el Observatorio Fabra; y su gigantesca cúpula hace adivinar la poderosa ecuatorial que allí maneja, para estudiar el firmamento, el sabio astrónomo señor Comas y Solá.

Lugares bellísimos de expansión y recreo son el Turo Park, con sus deliciosos jardines y variadísimas

atracciones; las Planas, Valvidriera, Badalona, (con su magnífica playa) y el Parque de Barcelona que es el preferido del pueblo por sus extensos jardines, sus innumerables atracciones, sus artísticas fuentes, su monumental Cascada, su magnífica colección zoológica—encanto de niños y de grandes—y, sobre todo, por que en él se encuentran los principales museos, entre otros, el de Martorell, (de Historia natural) y el de Reproducciones y Arte moderno, en una de cuyas salas se exponen los más renombrados cuadros del insigne Fortuny, entre ellos el de «La joven muerta» y el de «La Vicaria», asombrosa pintura, de un valor incalculable.

Especial mención merece la excursión a S. José de la Montaña y al Parque Güel.

A la derecha de la plaza de los Jusepests, en la terminación de la animadísima calle Mayor de Gracia, comienza la señorial Avenida de Dalt. Una de las calles de esta Avenida nos conduce al Santuario de más devoción de Barcelona. En la falda de una colina, abierto en la misma piedra, como si fuera una cueva, se halla el pequeño santuario de San José de la Montaña. En el vestíbulo se encuentran hacinados, por paredes y techos, un incalculable número de ex-votos. Al lado, una sacristía convertida en bazar, donde unas religiosas no se dan punto de reposo en la venta de medallitas, rosarios y mil variadas chucherías con el

retrato de la imagen del Santo Patriarca a los numerosos fieles que desean adquirir algún objeto que les recuerde su visita al Santuario. Este es de muy reducidas dimensiones y muy baja bóveda, ennegrecida por el humo de los cirios que continuamente alumbran a la pequeña imagen del Santo. Sobre esta cripta, en amplia explanada, se levanta monumental basílica, y junto a ella el Asilo-Orfanato de San José.

Otra calle, paralela a la del Santuario y también hacia la montaña, nos conduce al famoso Parque Güel, propiedad de este aristócrata. Nada más original ni desconcertante que las rarísimas construcciones que se encuentran en él ¡como que también son obra del arquitecto de la Sagrada Familia, el *enigmático* Gaudí! En este parque se despliega el fantástico conjunto de suntuosas originalidades. Escaleras monumentales nos llevan a una gran plaza central, donde se levanta el Teatro griego, intrincado laberinto de potentes columnas dóricas sin simetría y, al parecer, sin estabilidad—pues ninguna es perpendicular al plano—que sostienen una bóveda también de diferentes inclinaciones, revestida de abigarrada labor de mosaico. A un lado de esta construcción, una galería de columnas parabólicas sirve de gran mirador y, delante, una originalísima cascada desde la que parten, a uno y otro lado, rústicas escaleras que terminan en un amplio y larguísimo paseo de palmeras, separadas por enormes piedras esféricas que deben servir de incómodos asientos. Todo es extraordinariamente raro en este Parque; hasta la tapia que lo circunda, hasta las viviendas de la dependencia, hasta la puerta de entrada. Cuando se penetra en él, se experimenta la sensación de encontrarse en uno de esos palacios encantados que se describen en «Las mil y una noche»

¡Quién sabe si en aquellas fantásticas leyendas se inspiraría el portentoso genio de Gaudí para sus concepciones arquitectónicas!

Dos palabras, para terminar, acerca de la importancia de la industria y del comercio barcelonés. En 1917 publicó el Fomento del Trabajo una memoria comprensiva de todas las industrias barcelonesas; y estudiando las de hilados y tejidos expone los siguientes datos: «en 1915 el importe de las exportaciones de estas manufacturas ascendió a la suma de ciento doce millones de pesetas; y en 1916, a ciento un millones». Deducid, por estas cifras, cuál será la potencia industrial y comercial de esta *Massachusetts* española, entre cuyos comercios ocupan el primer lugar los grandes almacenes de *Damians*, *El Barato* y de *El Siglo*.

Nada más animado y sugestivo que este inmenso establecimiento, rebosante de espectadores y abarrotado de las más diversas y heterogéneas mercancías, clasificadas por secciones y clases. Baste decir que en este colosal comercio que ocupa una manzana completa de grandes edificios, se encuentra todo cuanto pueda necesitarse en los usos de la vida; desde lo más sencillo y modesto, a lo más lujoso. Y para que nada falte, tiene hermosos salones de peluquería para señoras y caballeros; salas para exposiciones artísticas, grandioso café-bar, galería fotográfica, *restaurant*, salones limpia-botas, telégrafo y teléfono públicos, diversos ascensores... ¡qué se yo, si aquello es una ciu-

dad completa, con más de 1.500 dependientes de ambos sexos y otros tantos obreros que trabajan en los departamentos de talleres! Es *El Siglo* un establecimiento que pone muy alto el prestigio patrio en el concepto nacional.

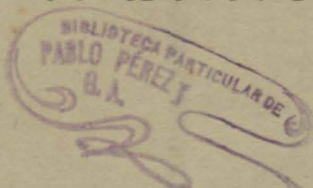
Y aquí me detengo para que de nuevo gustéis las exquisiteces de ingenio de vuestro laureado Poeta quien, como pocos, ha acertado a describir con exactitud, belleza y ternura—dentro de los reducidos límites de un soneto—toda la grandeza material que ostenta la Ciudad de los Condes.

Con tan inspirada poesía pongo fin a este ciclo de conferencias, bien seguro de que con la lectura de este soneto os resarcireis con creces de la aridez y frialdad de mis IMPRESIONES DE UN VIAJE POR ESPAÑA.

Permitidme, pues, que busque amparo en el Poeta para que, en gracia al valioso presente que os ofrece, me otorguéis vuestro perdón.



A BARCELONA



Para Concepción Francés,
cariñosamente.

*¡Bella ciudad condal, rico florón de España!
En tí se han reunido todas las maravillas;
eres grande y famosa como el mar que te baña
orgullosa al tenerte prendida a sus orillas.*

*Todo en tí el poder muestra de tu fecunda entraña:
tus palacios suntuosos, tus parques y tus villas,
tu puerto, en cuyas aguas forman densa maraña
y hunden las grandes naves sus poderosas quillas;*

*Tus paseos, jardines de singular belleza,
donde, en ola gigante, bulle la muchedumbre
y donde tus mujeres ponen su gentileza,*

*Y tu altiva Montaña, en cuya enhiesta cumbre
el Tibidabo eleva su "Atalaya" hecha lumbre,
rojo airón que en la noche pregona tu grandeza.*

Domingo J. Manrique

Barcelona, 7 de Septiembre de 1924.

INDICE

| | <u>Págs.</u> |
|---|--------------|
| Prefacio | 7 |
| Post-prefacio | 13 |
| Conferencia Primera (Castilla, Galicia, Asturias y Vasconia) | 15 |
| Conferencia Segunda (Navarra, Aragón y Cataluña) | 45 |
| Conferencia Tercera (Barcelona) | 70 |

POESÍAS

| | |
|-----------------------|----|
| Zaragoza | 51 |
| A Barcelona | 97 |



FE DE ERRATAS

| Página | Línea | Dice | Debe decir |
|---------|-------------------------------------|-----------------------------|-----------------------------|
| 9 | 16. ^a | inespugnables | inexpugnables |
| 13 | 8. ^a | hermsa | hermosa |
| 18 | 1. ^a | «airiños da mía terra» | «airiños da miña terra» |
| 25 | 22. ^a | En un medio de | En medio de |
| 30 | 3. ^a | Manforte | Monforte |
| 31 | 1. ^a | vegetación | vegetación |
| 37 | 27. ^a | gravada | grabada |
| 38 | 1. ^a | Ariondas | Arriondas |
| 38 y 39 | 13. ^a y 11. ^a | Perera | Pereda |
| 42 | 2. ^a y 3. ^a | San Sebasbián | San Sebastián |
| 70 | 29. ^a | con aquellos | en aquellos |
| 73 | 5. ^a | consigió | consiguió |
| 74 | 11. ^a y 12. ^a | que atractiva que agradable | qué atractiva que agradable |
| 77 | 24. ^a | hay en el | hay en él |
| 82 | 24. ^a | geninuamente | genuinamente |



SE INAUGURARON ESTAS
CONFERENCIAS EL 11 DE OCTUBRE DE 1924,
VÍSPERA DE LA FIESTA DE LA RAZA.
SE COMENZARON A IMPRIMIR
EL 23 DE ENERO DE 1925,
FIESTA ONOMÁSTICA DE S. M. EL REY.